



El Gran Perdedor



wemaths

SOMOS MATEMÁTICAS



© Santillana Global, S. L. 2020. **Narrativas matemáticas 6. El Gran Perdedor** es una obra colectiva creada por Santillana Global, S. L.

ISBN: 978-958-777-824-3

Impreso en Ecuador /
Printed in Ecuador por
Imprenta Mariscal.

La presentación y disposición en conjunto y de cada página de la presente obra son propiedad del editor. Queda estrictamente prohibida su reproducción parcial o total por cualquier sistema o método electrónico, incluso el fotocopiado, sin autorización escrita del editor.

WeMaths es una experiencia de aprendizaje de las matemáticas que ha sido concebida, diseñada y desarrollada por un amplio equipo de expertos en educación matemática de varios países de Iberoamérica (Colombia, México, Brasil, España, Guatemala, Argentina y Perú, entre otros), bajo la Dirección Global de Contenidos del Grupo Santillana.

WeMaths se articula en un método didáctico en el que los distintos componentes del sistema desempeñan un rol pedagógico al servicio de los tres grandes pilares que lo definen: **Emoción, Comprensión y Resultados**.

Narrativas matemáticas 6.

El Gran Perdedor es uno de los componentes del sistema WeMaths, concebido, diseñado y desarrollado como obra colectiva por Santillana Global, S. L., en el marco de la dinámica de trabajo de La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convoca a un grupo diverso de escritores que comparten las discusiones previas al encargo individual de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

En su elaboración han participado:

*Coordinación de
La factoría de historias*
Eduardo Villalobos

Redacción del texto
Antonio González

Edición ejecutiva
Marvin Monzón

Asesoría matemática
Víctor Ardila,
Adriana Pachón,
Deysi Roldán

Revisión técnica
Christian Blanco,
Pedro Cabrera,
Leticia Martínez,
Ma. del Pilar Vergara

Coordinación de arte
Wilson Ardila

Diseño de cubierta
Rosana Naveira,
Paco Ramírez

*Diseño de interiores
y diagramación*
Alan Felipe Rodríguez

*Coordinación gráfica
y documentación*
Yeins Díaz

Ilustración de cubierta
Paco Ramírez

Ilustración de interiores
Julián David Jiménez

Corrección de estilo y de pruebas
Julio Santizo Coronado

Coordinación de producción
Miriam Escobar,
Raúl González,
Edgar Rivas

Dirección editorial
Jeannette Benavides

Dirección global del proyecto
Carlos Rodríguez

*Dirección global de
Contenidos del
Grupo Santillana*
Luis Guillermo Bernal

Prólogo

Si Elena y Javier hubiesen decidido no enfrentar este reto, seguramente estarían en casa haciendo cualquier cosa: leer un buen libro, hurgar en sus narices, dormir a pierna suelta, soñar con viajar en el tiempo —quizá—, o a lo mejor, simplemente estarían viendo por la ventana la multitud de sábanas que —como divertidos fantasmas— volaban al viento buscando un buen lugar para completar el reto que un famosísimo *youtuber* había creado.

Pero ellos decidieron hacerlo y todo en su historia podría haber cambiado de un momento a otro, si tan solo lo hubiesen elegido así. Curiosamente, no estuvieron conectados a la red, sino más bien entre sí. Se conocieron un poco más, y de alguna forma estaban seguros de que se tendrían el uno al otro siempre sin importar lo que pasara. A veces es mejor reconectarse con las personas que quieres.

Quizá no ganarían el #BailaComoUnFantasmaChallenge, y probablemente tampoco el #ConvierteteEnUnMonstruoDelPantanoChallenge, pero de algo estarían seguros: ningún otro reto superaría el que estaban a punto de vivir.

Mongoloblog



Mongolongotrón - ¡Nuevo Cha
2416 VISITAS

Aventura 1 #Challenge



6:16



SÍGUEME

allenge!

Episodio 1

#PiruletasHipnotronicasChallenge

La vida está llena de retos —dijo Elena sujetando la mano de Javier. Y era porque el nuevo reto había aparecido el domingo por la tarde y llevaba 459 954 videos subidos en tan solo una hora. ¡Esa era muchísima gente! ¡Era tan viral! Una verdadera fiebre que tenía entusiasmados a niños y adultos por igual, correteando por las calles como si se tratase de una nueva fiebre del oro.

La mayoría de los videos habían sido filmados en sótanos y garajes atiborrados de cachivaches y trastos viejos. Sin embargo, eran sitios muy aleja-



dos de las instrucciones del reto, que decían claramente: Debe hacerse en una casa misteriosa, afuera o adentro.

Lo había publicado un conocido *youtuber* del momento: Mongolongotrón. Su canal contaba con dos millones de suscriptores y sus videos tenían casi igual número de vistas. Era un tipo raro, siempre usaba gafas de sol y sus dientes tenían una tonalidad naranja, producto de la ingesta de «Piruletas hipnotrónicas». De hecho, su reto anterior fue el de las Piruletas, que consistía en subir videos que mostraran cuántos de esos enormes caramelos de forma plana podías chupar en una hora. Los resultados finales revelaban una infinidad de chicos y chicas con las pupilas dilatadas a causa del azúcar y cientos de lenguas flojas que no



conseguían articular palabra. Esto, sin duda, resultó siendo un fenomenal negocio para el único dentista del pueblo, quien no se dio abasto las siguientes semanas sacando muelas picadas a diestra y siniestra. A la fecha, algunos chicos no han recuperado el habla del todo.

De no ser por la Internet, el pueblo donde vive Elena sería como una isla abandonada. Alguna vez imaginó cómo sería la vida sin estar conectada.

—¡Pero eso sería una locura! —exclamó Javier tras el comentario de su amiga, quien había llegado a su casa a pedirle ayuda. El chico soltó una carcajada que ponía en evidencia el hueco que había quedado luego de la extracción de un incisivo superior. Él era muy dado a eso de los retos y había participado en el de las Piruletas, pese a las advertencias de Elena. Y aunque aún arrastraba de cuando en cuando la lengua al hablar —sobre todo si se hallaba ante una situación tensa y peligrosa—, estaba seguro de que dentro de un par de días recuperaría el habla por completo.

—Te doy mi palabra de que nunca más participaré en otro desafío —puntualizó Javier alzando la mano en señal de juramento.

Pero Elena se limitó a sonreír. De los niños de su clase, treinta habían participado en el reto. De esos, la mitad logró completar una hora y solamente cinco lo hicieron sin pasar por la dentistería a la siguiente semana.



—Me temo que esta vez tendré que pedirte que me ayudes —dijo Elena abriendo de par en par el clóset de su amigo y rebuscando entre las sábanas alguna que pudiera servir para el nuevo reto.

—Pero ¿cuál es el apuro? —quiso saber Javier.

—El premio, por supuesto. ¿Acaso no lo sabes? Mongolongotrón visitará al que publique el mejor video, sin importar de dónde sea, y hará una entrevista para su canal. ¿No es maravilloso?

En alguna medida, eso sería lo más cercano a tener la visita de una celebridad. Y no solamente eso: aparecer en el canal de Mongolongotrón traería consigo —invariablemente— las mieles de la popularidad. Más aún en un pueblo como el de Elena y Javier. La mayoría de los chicos de su edad estaban en ese momento haciendo todo lo posible por filmar el mejor video para el #BailaComoUnFantasmaChallenge.



¿Serían tantos? Sumados al casi medio millón de videos del reto publicados a esa hora, y tomando en cuenta que faltaban apenas dos horas para el cierre, las posibilidades de ganar eran ínfimas. En todo el pueblo habría alrededor de 400 chicos.

—Exactamente, 468 —explicó Javier—. Pero no todos están interesados, no después de los resultados del #PiruletasHipnotronicasChallenge.

—¿Y cómo sabes la cantidad exacta?

—Me gusta contar cosas —replicó Javier mostrando de nuevo el hueco entre sus dientes.

Elena sonrió. Javier nunca dejaba de sorprenderla.

—¡Pero eso qué importa! Mira cuántos videos van en este momento —continuó Javier.



Elena deslizó el dedo sobre el teléfono para descubrir con asombro que el número se había elevado significativamente a más del doble: 1 250 004.

—¡Al menos la mitad o más son muy malos o no cumplen con las reglas del reto! —exclamó la chica dándole un «me gusta» al primer video del #BailaComoUnFantasmaChallenge que se le cruzó.

En eso, Elena tenía toda la razón. Entre los pocos videos que alcanzaron a ver, solamente un par cumplía a cabalidad con las instrucciones: vestirse con una sábana haciendo las veces de fantasma y entrar —de ser posible— a una casa abandonada para grabarse bailando de la forma más ridícula posible.

—Lo que importa es que haya una sola posibilidad de ganar —sentenció el chico pulsando «me gusta» en otro video.

—Yo te demostraré que sí —dijo Elena bloqueando la pantalla. Enseguida, recortó dos orificios a la altura de los ojos en la sábana lanzándola sobre su amigo.



Episodio 2

La casa de la calle Mortis

—¡Wuu wuo! —exclamó Javier zafándose del trapo que había caído con elegancia sobre su cabeza. Creo que vas demasiado rápido, Elena. ¿Dónde vas a conseguir una casa misteriosa?





—Muy simple —dijo. Acto seguido, tomó la sábana y luego de cubrirse con ella alzó los brazos hablando con voz profunda—: La casa de la calle Mortis.

—No es gracioso, Elena.

—Vamos, Javier. ¿Acaso tienes miedo?

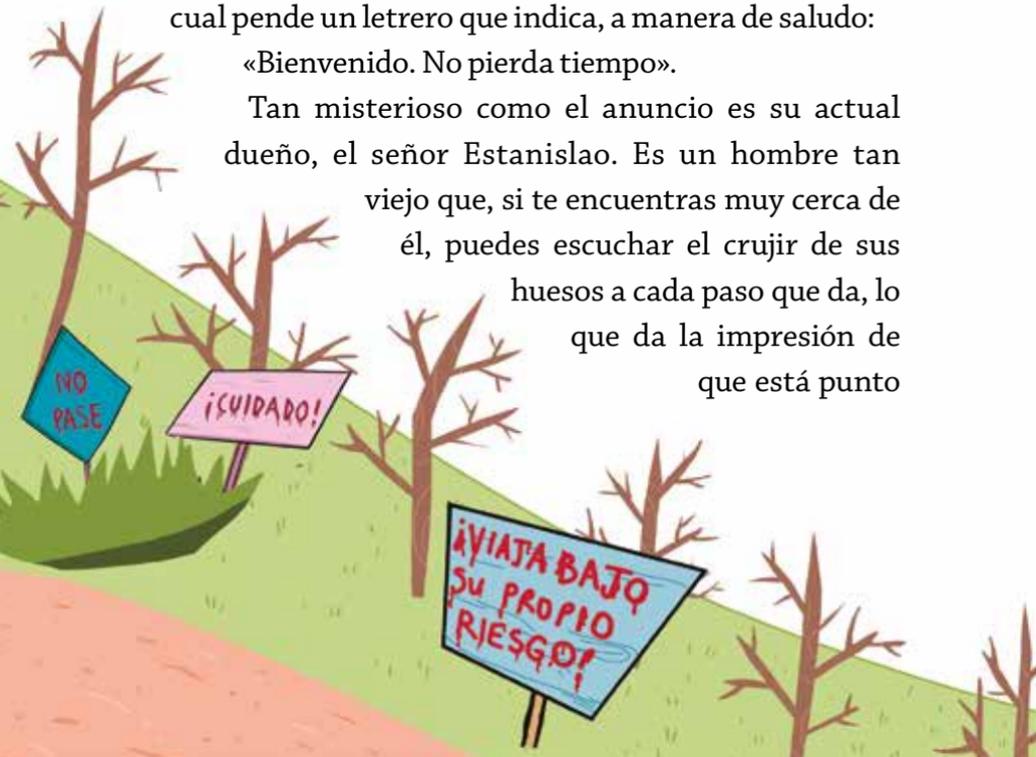
—¿Miedo? No, qué va, eso sería muy poco. ¡Me da pavor! La casa de la calle Mortis es una locura, Elena. Sabes bien lo que allí ocurrió.

Y ustedes, queridos lectores, estoy completamente seguro de que desean saberlo. Los hechos misteriosos que rodearon el evento al que se refiere Javier ocurrieron hace aproximadamente $2 \times 2 \times 2$ décadas. Nadie en todo el pueblo quiere recordar el número exacto, y los pocos que hablan de ello evaden dar una cifra redonda.

La casa de la calle Mortis es un viejo edificio de tres plantas con paredes de ladrillo. Está rodeada por una oxidada cerca rematada con afiladas puntas de lanza; tiene un portón negro de iguales características sobre el cual pende un letrero que indica, a manera de saludo:

«Bienvenido. No pierda tiempo».

Tan misterioso como el anuncio es su actual dueño, el señor Estanislao. Es un hombre tan viejo que, si te encuentras muy cerca de él, puedes escuchar el crujir de sus huesos a cada paso que da, lo que da la impresión de que está punto



de quebrarse en pedazos. El señor Estanislao vive en la casa desde hace una década y, cuando la compró, nadie hizo preguntas.

—Sabes bien lo que ocurrió. —En ese momento, Javier hizo una pausa, y luego, vacilante, corrigió—: Sabes lo que sucede allí.

Elena puso los ojos en blanco.

—¡No me digas que crees en esas tonterías! —repuso de inmediato.

—¡No son tonterías!

—En todo caso, eso fue hace mucho tiempo y ahora vive allí ese señor Stanislavski.

—Estanislao.

—Sí, ese mismo. Da igual.

—El tipo está igual de loco que el otro. Ya sabes: Moncliur. —Javier le arrebató la sábana a la chica y, una vez puesta sobre sí, se dirigió a la luz del teléfono móvil y dijo con la misma voz cavernosa de su amiga—: Hace $2 \times 2 \times 2$ décadas, el loco Moncliur le prendió fuego a la casa y desapareció sin dejar rastro.

—¡Esos son inventos, Javier!

—No. Ningún invento. Me lo contó mi abuela; sabes que ella trabajó en el cuerpo de bomberos. Pero



hay algo más. Moncliur dejó un papel pegado a la puerta. Fue lo único que no se achicharró y allí decía claramente: «Volveré».

—¡No son más que tonterías, Javier! —respondió Elena incorporándose y perdiendo el interés.

—A mi abuela también le parecía cosa de locos, pero ¿sabes algo? La única vez que habló del tema y mencionó lo del Gran Perdedor, lo dijo en un tono de voz que parecía... no sé, como si estuviese al tanto de algo que no pudo —o no quiso— revelar.

—¿No estás demasiado grande para creer en esos cuentos?

—Lo del incendio... no estoy seguro de que Moncliur lo haya causado. Aunque el tipo sí que estaba loco. Lo más extraño es que, cuando se apagó el fuego, no había señales de él. Fue como si se hubiese desvanecido, ¿comprendes? Y la casa lucía bastante recuperada al día siguiente, y ahora está como en el momento justo antes del incendio. Es decir, bastante maltrecha, pero sin rastro alguno que muestre que allí ocurrió un incendio. ¿Cómo te explicas eso?

Elena guardó silencio. No tenía una respuesta.

—¡Por eso mismo te lo digo! ¡Esa casa es de locos, Elena!

—¡Y esa es la razón por la cual no existe mejor lugar para grabar el video!

Javier agitó la cabeza negativamente. Si de algo estaba seguro era de que nadie podría sacarle esa idea a Elena de la cabeza.

—Ni siquiera tenemos que entrar —aseguró la chica tomando las manos regordetas de su amigo. ¡Podemos hacer la filmación delante de la casa! Eso es lo que dicen las instrucciones: un minuto y nos vamos.

—¿Y qué ocurre con el señor Estanislao?

—¿Qué hay de él?

—A lo mejor no le gusta que merodeemos por la casa, y entonces suelte a los perros.

—No lo creo, es un hombre bastante amable, ¿sabes? A veces me lo topo en el pueblo y creo que le agrado. Me parece un tipo completamente normal, un poco viejo, pero normal. Bueno, bastante viejo para ser sinceros.

Aunque ahora que lo mencionas, la otra vez ocurrió algo que no puedo explicarme.

—¿En serio? —preguntó Javier.

—Sí. Lo vi comprando pan y luego, tres cuadras adelante, volví a verlo comprando el periódico.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

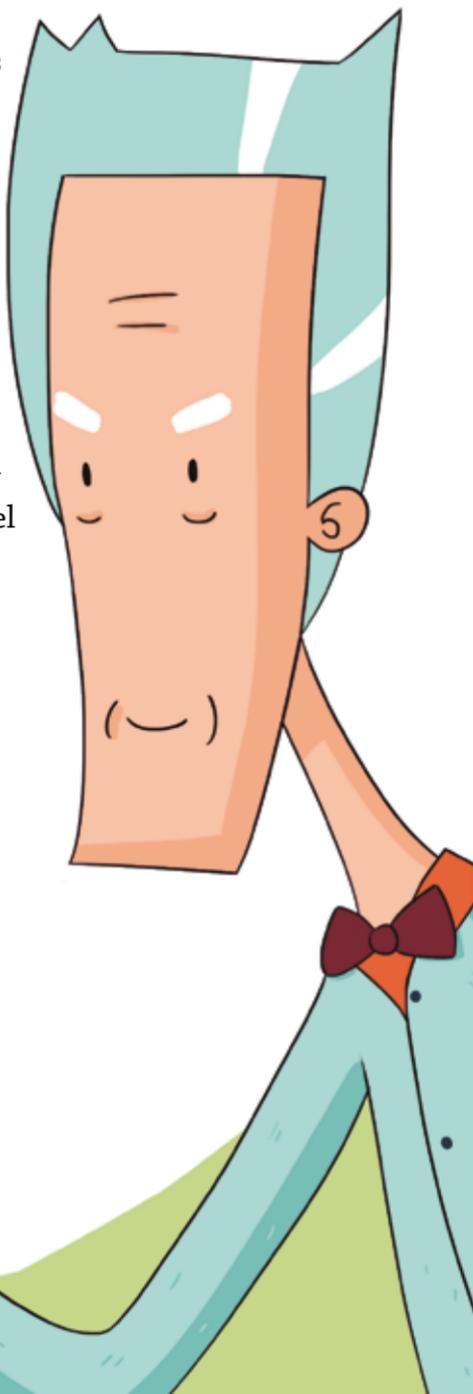
—Espera. Aún no termino. Tres cuadras más adelante volví a topármelo. Estaba parado en una esquina, como perdido.



Por último, otras tres cuabras después, lo vi por última vez cuando le daba de comer a unas palomas. Me sonrió.

—No termino de entender qué tiene de raro todo eso.

—¿No ves, Javier? El hombre nunca me dio alcance, no se me adelantó. Parecía como si diera saltos en el tiempo.



DON JUAN!

AHORA
VA
SOLO

NO
PASE

¡SE LO
ADVERTIMOS!

¡CUIDADO



Episodio 3

Perrrrro

El camino hacia la casa de la calle Mortis estaba plagado de rótulos que advertían sobre los peligros: «¡Cuidado!», «¡No pase!», «¡Viaja bajo su propio riesgo!», «¡Se lo advertimos!», «¡De aquí en adelante va solo!», «¡Compre pan donde don Juan!». Bueno, ese último era la excepción.

Pero había quizá una veintena de avisos, todos escritos con letras rojas que antes de secar escurrieron pintura e hicieron que cada uno se viese más aterrador que el anterior. Parecían estar hechos con trozos de puertas cortadas por alguien muy excéntrico —o que se encontraba realmente aburrido—. Se trataba de polígonos con cuatro lados y cuatro ángulos completamente diferentes cada uno, de tal forma que no había en todo el camino uno idéntico a otro. Rombos, trapecios y paralelogramos continuaban advirtiendo a los intrusos sobre los peligros que se avecinaban. Elena y Javier avanzaron a paso lento por el desnivelado y estrecho camino de tierra que era conocido como la calle Mortis. Pero no era una calle, sino una larga y empinada vereda, flanqueada por espinos a cada lado.

¡Chirrín, chirrín, chirrín!

La bicicleta de Javier rechinaba con cada pedaleo, resonando con aire misterioso por el inhóspito lugar.

—¡Vamos, Javier, no te quedes atrás! —apuró Elena.

El chico sudaba a chorros y se detuvo al instante.

—¡No puedo más, Elena!

—Dijo esto con la lengua de fuera. Aún le costaba articular algunas palabras a causa del #PiruletasHipnotronicasChallenge. De hecho, arrastraba la erre más de lo normal en ese momento.

—Estamos cerca, Javier.

Solo un poco más.

Lo dijo con tanta seguridad que el chico recobró el aplomo. Luego de lanzar un suspiro dio un impulso que parecía ser mayor al requerido. Entonces ocurrió: el ruido de algo que se rasga hizo eco en la solitaria vereda.



—¡Ups! —exclamó Javier deteniendo la marcha que apenas emprendía.

—¿Qué ocurre? ¿No me digas que...?

Con un movimiento de cabeza, el chico confirmó las sospechas de Elena: había roto sus pantalones por el trasero al dar aquel fuerte empujón.

—Creo que mejor vuelvo a casa y te alcanzo. No me tardo —resolvió Javier moviendo torpemente el manubrio de la bicicleta con la intención de dar la vuelta.

Elena entornó los ojos.

—Espera, Javier, podemos hacerlo —imploró.

—Perrrrro.

—Súbete a mi bici.

—Perrrrro.

—Falta muy poco —suplicó de nuevo.

—Perrrrro —farfulló de nuevo el chico.

Elena abrió los ojos como perrito pidiendo comida. Esto desarmó a Javier de inmediato, así que se apeó de la bicicleta. Pero, en lugar de dirigirse hacia Elena, guió sus pasos hacia los espinos.



—¿Qué haces, Javier? —preguntó la chica sin comprender en absoluto el actuar de su amigo.

—Estoy escondiendo la bici.

—¿Esconderla? ¿Para qué?

—¡Auch! ¡Auch! ¡Parrrra que nadie la vea.

Sus lamentaciones se debían en parte a que no había muchas ramas de las cuales echar mano, pues los espinos ¡no tenían una sola! Pero también gemía por la vergonzante situación de sus pantalones.

—¡No me veas! —exclamó intentando en vano cubrirse.

—Por favor, Javier —dijo Elena, sin poder ocultar una sonrisa. El chico suspiró y, dando trompicones, se trepó finalmente sobre la bicicleta de la chica.

Y así fueron subiendo por la mal llamada calle Mortis a paso de caracol, en dirección a la casa del señor Estanislao.







¡ALTO!

DE AQUÍ EN ADELANTE VA SOLO!

Aventura 2

La casa del señor Estanislao

¡compre pan
donde
don Juan!

¡CUIDADO!

¡VIATA BAJO
SU PROPIO
RIESGO!



Episodio 1

Carrera en picada

El camino parecía no tener fin. Elena sudaba a chorros y le resultaba cada vez más difícil pedalear. Javier tenía, quizá, un poco de sobrepeso, y de no ser por la pendiente que cada vez se hacía más empinada, Elena hubiera estado más segura de conseguirlo. En ese momento, tuvo la sensación de que sus piernas comenzaban a temblar y el traqueteo de la bicicleta parecía anunciarle que estaba a punto de romperse. Ella y la bici.

—Creo que no puedo más —dijo tras un gemido—. ¿Acaso traes piedras encima?

La respuesta del chico la dejó helada.

—Sí.

Detuvo la marcha creyendo que se trataba de una broma. Habló por encima del hombro:

—¿Dijiste lo que creí que dijiste?

Javier rebuscó en sus bolsillos y extendió la mano. Elena vio por el rabillo del ojo descubriendo que, en efecto, el chico llevaba encima un puñado de ellas.

—¿Y por qué llevas piedras?

—No sé... me gustan —fue la respuesta sincera e inocente de Javier.

—Esto es inaudito —farfulló Elena apeándose—.
¿Cuántas traes?

—No lo sé. Algunas —respondió el chico dando un salto hacia atrás y alzando los hombros.

—Quiero verlas.

Cuando hubo vaciado sus bolsillos, el interior de las botas y el casco, Elena comprendió por qué pesaba tanto: unas 30 piedras eran realmente grandes, de tamaño regular, y el resto eran diminutas.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—¿Qué cosa?

—¡Que traías piedras! —exclamó Elena alzando los brazos.



—Pero... son lindas, ¿no?

—Sí, seguro. Tenemos que dejarlas.

—¿Dejarlas?

—Dejarlas. Por favor, Javier... ¡son piedras!

—Pero son lindas.

—Como digas. Estaremos de vuelta en menos de lo que pienses y, si quieres... si quieres —Elena barrió en derredor con la mirada y, finalmente, posó sus ojos sobre una enorme roca oculta tras unos espinos—. Si quieres puedes llevarte esa cuando volvamos.

—¿Esa?

—Sí, esa. ¡Esa!

—¿Estás loca? ¡Es una roca enorme! Ya dejé la bici y mi dignidad. Ahora quieres que deje las piedras. ¿Qué vendrá después?

—¡Vamos, Javier!

El chico tragó saliva y escudriñó el horizonte. Creyó ver más adelante parte de unos techos rematados en afiladas aristas. ¿Eran de la casa del señor Estanislao? Pero divisó algo más.

—¿Elena?

—¿Qué? —preguntó la chica trepando a la bici. No se había percatado de nada.



—¿El señorrer Estanislao tiene carrra de perrro?

—¿De qué hablas? El señor Estanislao no es un...

Y antes de poder terminar la frase, Elena descubrió con espanto que una jauría de feroces perros se abalanzaba vereda abajo en dirección de ella.

—¡Perrros! ¡Perrros! —gritaron al unísono. Era momento de emprender la huida y solamente tenían un camino para hacerlo: hacia abajo.

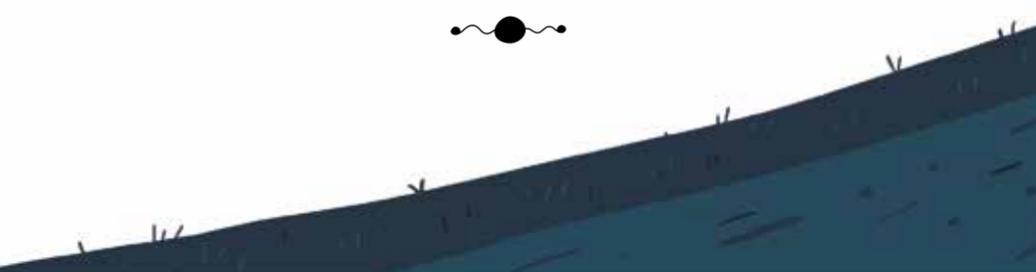
En un abrir y cerrar de ojos, Javier se trepó en la bici de Elena, quien apuró la marcha como un bólido cuesta abajo.

En aquel desolado camino se escuchaba el grito de dos niños y una jauría de perros, además del chirriar de una bicicleta a punto de romperse en pedazos.

Y si alguien pudiese presenciarlo, habría visto a esos chicos dando botes sobre la bicicleta, que a su vez daba saltos sobre piedras y más piedras. Ella, con las piernas al aire, sin posibilidad de pedalear. Él, cubriendo los ojos de la niña en su afán de aferrarse a la vida.

Luego hubo un prolongado silencio.

Javier y Elena tuvieron una estrepitosa caída y perdieron el conocimiento. La casa del Señor Estanislao estaba fuera de su alcance. Por el momento.







Episodio 2

La caída

En ese instante, la cifra de videos se había elevado al nada despreciable 1 452 302. Lo que continuaba igual era la cantidad de ellos que no seguían al pie de la letra las instrucciones. Pero hay que considerar que encontrar una casa misteriosa no es del todo sencillo. Y si la hay, no todos están dispuestos a llevarse un buen susto. Había videos filmados debajo de puentes, en las afueras de los basureros e incluso hubo uno —que llevaba una buena cantidad de «me gusta»— grabado en las alcantarillas de alguna ciudad. Mongolongotrón tuvo que ser firme y advirtió en un tuit, luego de agradecer la avalancha de videos, que no importaba lo bien que bailaran con la sábana puesta: era estrictamente necesario apegarse a las instrucciones del reto.

Por todos lados podía verse a niños corriendo por las calles arrastrando tras sí sábanas. Detrás de ellos iban sus padres, hermanos, amigos e incluso abuelos a trompicones mientras avanzaban apoyándose en caminadores, muletas y bastones. Había adultos solitarios grabándose en pleno baile a mitad de las calles. Y también grupos de niños, o parejas e incluso filmaciones

individuales. ¡Parecía cosa de locos! A esa hora, miles de dedos se deslizaban sobre las pantallas de los teléfonos móviles. Fluían «me gusta» sin ton ni son y las sábanas salían disparadas por los aires o eran arrastradas por aquí y por allá.

Muy lejos de todo esto, era una verdadera pena que Javier y Elena no estuviesen al tanto, porque estaban desparramados sobre la vereda pedregosa, en el camino que tendría una longitud aproximada de 240 metros, no demasiado lejos de la casa del señor Estanislao.

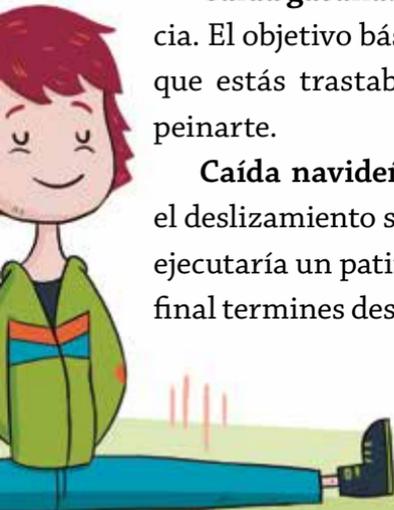


La bicicleta, en buena medida, había quedado inservible: el aro delantero desviado y enrollado como un tallarín. Los eslabones de la cadena saltaron como palomitas de maíz y los pedales eran nada más que hierros retorcidos. Del total de partes de la bici, que podríamos resumir en seis, $\frac{1}{3}$ había quedado completamente irreparable, $\frac{2}{4}$ de ella podrían servir para piezas de repuesto, y el resto prácticamente no existía. De haberse tratado de un #CaidaDeLaBiciChallenge, sin duda alguna Elena y Javier habrían resultado ganadores indiscutibles.

Existen muchas formas de caer, aunque no todas son divertidas o tienen un final feliz. Sin embargo, si te levantas sonriendo, todo indicará que te encuentras bien y que sabes reírte incluso de ti mismo. He aquí algunas posibilidades que debes tomar en cuenta para salir bien librado:

Caída gatuna. Esta es ejecutada con gracia y elegancia. El objetivo básico es que nadie se dé cuenta de que estás trastabillando y alcances incluso a peinarte.

Caída navideña. Se trata de imitar el deslizamiento suave y profesional que ejecutaría un patinador de hielo, aunque al final termines despatarrado.



Caída en do menor. Si alcanzaste a gritar, esta técnica resulta bastante útil. Si estás irremediabilmente en el suelo, bastará con que alces una mano mientras la otra está en tu pecho y procura dar la nota adecuada. Todos creerán que estás ensayando para el número de clausura de la escuela.

Caída de explorador. Muy utilizada en el medio. Se trata de simular que has encontrado algo verdaderamente extraño o valioso en el suelo. Puedes quedarte allí un buen rato procurando que todos se enteren de tu asombroso descubrimiento.

Caídaailable. Ya sabes... esta es infalible. Elige un estilo musical o el paso del momento, pero ten cuidado. Algunos tipos de baile son particularmente útiles, como

el twist, el chachachá o el break-dance, y particularmente el casatschock (ya sabes, ese baile ruso de las manos cruzadas y los pies dando patadas). Nunca intentes un vals, esto solo agravaría la situación. Es posible —incluso— que contagies a más de alguno de los espectadores y por lo menos pasarás una vergüenza divertida.



Pero Elena y Javier no tuvieron suficiente tiempo para pensar a cuál de estas técnicas recurrir. Particularmente, porque se aplican cuando te están observando, y en la mal llamada calle Mortis, a esa hora, en ese momento, no había absolutamente nadie.

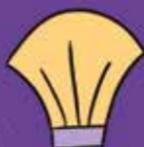
Por tanto, su caída fue lo que podríamos llamar «estilo libre con doble rebote y luxación». Aunque esto último podría sonar un tanto exagerado. Y quizá no fue doble, sino triple. El chico rodó diez metros abajo luego de caer de lleno sobre Elena, hasta que se detuvo al chocar contra un espino. Se oyó un ligero auch, como cuando te pinchas con una aguja. Aquello sonó como cuando una llanta se está desinflando.

Luego sobrevino el silencio.

Los perros. ¿Qué había ocurrido con ellos?

Eso fue lo más extraño de todo. Desaparecieron como si se hubiesen desvanecido en el aire.





Episodio 3

Gomitas

Todo se veía borroso y luego —tal como se vería a través de un vidrio escarchado— se fueron revelando detalles, pero seguía siendo indefinido y confuso. Poco a poco, Elena fue vislumbrando colores; e instantes después, el lugar donde se encontraba se mostró con total nitidez. Era una especie de biblioteca o quizá, más bien, un museo, pues de las paredes, además de filas interminables de libros, colgaba todo tipo de objetos que parecían no tener coincidencia en cuanto a época o tema: máscaras, instrumentos de navegación, piezas de arte, máquinas que parecían muy antiguas unas y otras como si fuesen sacadas de alguna película de ciencia ficción. Al fondo, distinguió el que podría ser un enorme escritorio de roble, flanqueado por altas pilas de libros en gruesos tomos, carpetas y cuadernos de apuntes. La mesa misma contenía una infinidad de papeles que llegaban hasta el techo.

—Tranquila. Vas a estar bien —dijo una voz que provenía de aquel lugar.

El primer impulso de Elena fue levantarse del taburete donde alguien la había recostado. Lo hizo como

quien ve una araña trepar por las cobijas. Se frotó los ojos, quería comprender lo que estaba sucediendo. De su cabeza brotaron preguntas a borbotones, pero la más importante de todas fue la única que formuló cuando hubo recuperado el habla: ¿Dónde está Javier?

—¿Javier? —dijo su misterioso interlocutor.

—Sí, Javier. El chico que me acompañaba. —El suelo de madera crujió cuando Elena dio un paso. La chica sintió que el corazón iba a salirse por la boca saltando como un pez.



—Me parece que estás recuperada —continuó la misteriosa voz, con el mismo tono amistoso. Parecía reír de satisfacción.

Elena recordó la aparatosa caída y, tras una rápida revisión, pudo comprobar que no había señal de heridas o golpes en su cuerpo. Palpó su rostro: ¡resultaba increíble que después de semejante accidente estuviese de una pieza! Ni un solo hueso desencajado. Vamos, ni siquiera un diminuto raspón.

—Te resulta muy extraño, ¿cierto? —confirmó la voz como si leyese sus pensamientos, y sin esperar respuesta continuó hablando—: Ha sido un verdadero placer brindarte toda la ayuda que está en mis manos.

—¿Ayuda? —Elena parecía estar más que confundida—. Después de semejante golpe, me habría resultado terriblemente difícil tener que bajar al pueblo y dar dos noticias tan desagradables.

Elena se detuvo en seco. Por un momento sintió que las rodillas se le doblaban. A su cabeza llegaron las posibles palabras que el dueño de aquella misteriosa voz estaría a punto de revelar en caso de que una de las «dos noticias desagradables» tuviese que ver con Javier:

«Lo siento, querida, pero tu amigo ha muerto. Está tieso como un palo».

«Está medio muerto. El golpe lo va a dejar igual de tieso que un palo».

«Muy pero muy golpeado. Casi en peligro de muerte. No será el mismo nunca más».

Todavía cabría la esperanza de escuchar algo así: «Golpeadísimo; tendrá que someterse a varias cirugías reconstructivas. Quizá no puedas reconocerlo».

Muy en el fondo, Elena esperaba que el hombre concluyera diciendo con una sonrisa:

«¿Muerto? ¡Qué va! Muy raspado, eso sí. Y lleno de chichones. Su cabeza parece una mora».

—¡Sé qué estás pensando! —dijo entre risitas la voz.

—¿En serio? —preguntó Elena sin llegar a comprender qué estaba ocurriendo.

—¡No puedes explicarte cómo estás de pie luego de semejante caída! —concluyó el interlocutor misterioso.

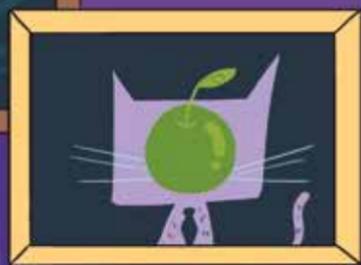
Y es que eso era realmente inexplicable. Elena dio un paso más, como cuidando que no explotase una mina debajo de sus pies.

—¿Quieres saber cómo lo hice? —preguntó la voz; y, en ese momento, Elena quedó congelada. Una silla chirrió y pudo oír con claridad el ruido inconfundible de huesos que crujen al dar el primer paso.

¡Era el señor Estanislao! Era un hombre muy viejo, frágil y pálido. Alto como un muro y excesivamente delicado. Cualquiera diría que esto era para evitar un eventual movimiento brusco que, sin duda, acabaría convirtiéndolo en polvo.

—Con esto —dijo el hombre sujetando entre el índice y el pulgar un pequeño frasco—. Pero ven, no te quedes allí.

Elena no tenía la menor intención de acercarse, solamente entrecerró los ojos tratando de adivinar de qué se trataba aquello que el hombre sostenía.



—¿Gomitas?

El señor Estanislao sonrió complacido y avanzó con cierta dificultad apoyándose en un bastón.

—No son gomitas. Bueno, parecen serlo, pero contienen un compuesto capaz de regenerar los huesos, la piel... el tejido muscular. Y lo mejor de todo es que tienen la forma de Sólidos Platónicos.

Elena arqueó las cejas. Lo tenía todo claro: el tipo estaba más loco que una cabra.

El señor Estanislao abrió el frasco y, tomando una de las aparentes gomitas entre las yemas de los dedos, agregó—: Si los ves de cerca, comprobarás que se trata de otra cosa.

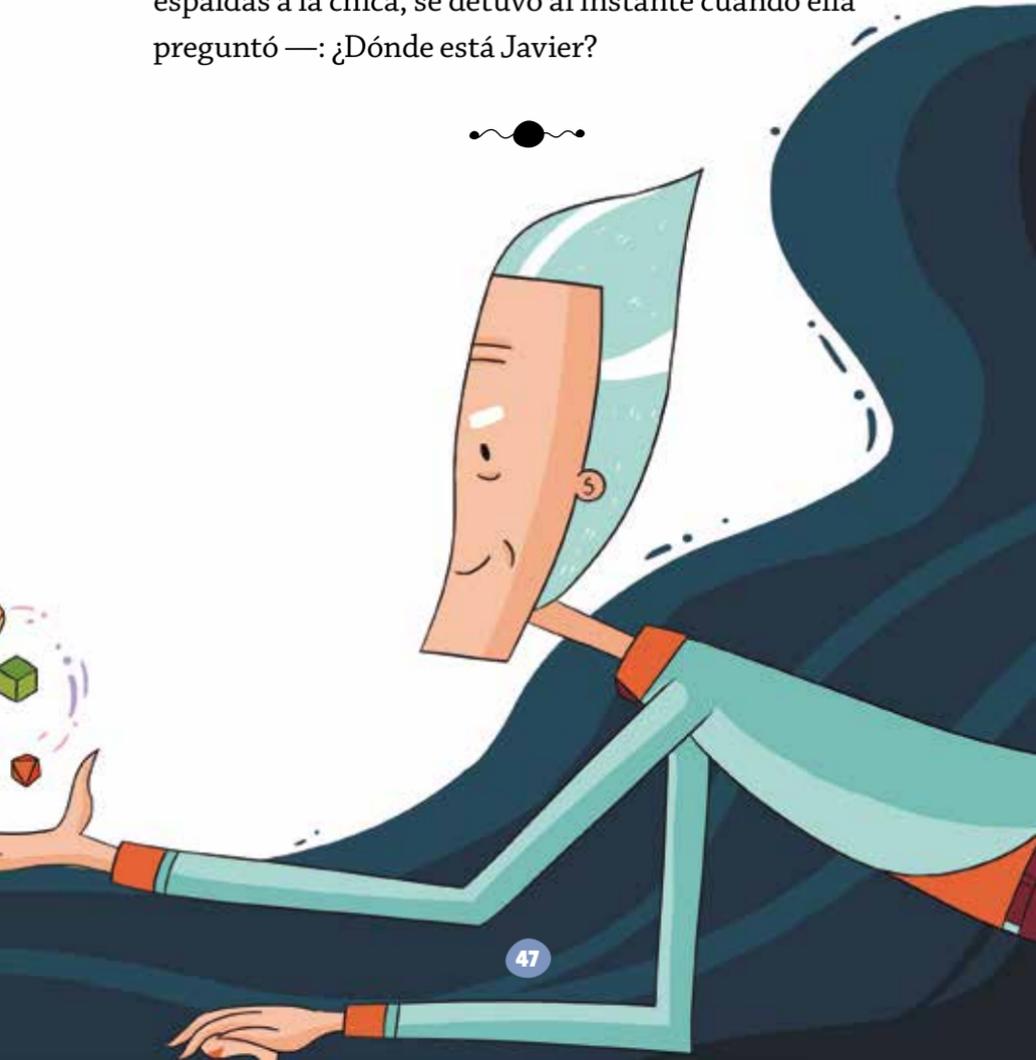
Elena no pretendía acercarse, así que volvió a entrecerrar los ojos. ¡Parecían realmente gomitas! Rojas, amarillas, moradas, verdes y azules. Fue el señor Estanislao quien se acercó a ella y entonces Elena vio con claridad la forma plana de los objetos que el hombre hacía girar entre las puntas de los dedos.

—Son poliedros convexos —dijo el señor Estanislao esbozando una sonrisa y girando en dirección hacia el



escritorio. Puedes darte cuenta de que sus caras son polígonos regulares iguales entre sí, con ángulos idénticos. ¡Y lo mejor es que son medicinales!

Pero Elena tenía una sola pregunta y no dudó un instante en interrumpir al hombre, que parecía extasiado en la observación de las gomitas. El señor Estanislao, de espaldas a la chica, se detuvo al instante cuando ella preguntó —: ¿Dónde está Javier?





Aventura 3
Viajes
sorprendentes





Episodio 1

¡Catapum!

¿Rapado?

En la voz del señor Estanislao no había raso de sorpresa o aflicción. No hubo cambio en su modulación, ni nada que demostrase alguna angustia o la mínima preocupación al respecto.

¡Catapum!

Fue el ruido seco de Elena al caer de sopetón sobre el taburete. Un nuevo tropel de preguntas se agolpó en su cabeza, pero encontró imposible articular palabra. Cuando finalmente recuperó el habla, únicamente pudo decir—: ¡Debe de estar bromeando!

—Me encantaría que así fuese. Pero me temo que no.

—Pero... ¿qué ocurrió? ¿Los perros? ¿Se lo comieron?

La escena sonaba terrible, como de película de bajo presupuesto.

El señor Estanislao intentó tranquilizarla.

—Escúchame bien... tu amigo está en manos del Gran Perdedor.

Aquel nombre hizo eco en la cabeza de Elena: el Gran Perdedor. El Gran Perdedor... ¿dónde había escuchado eso antes? De pronto lo recordó claramente: «Monclieur

dejó un papel pegado a la puerta. Fue lo único que no se achicharró y allí decía claramente: “Volveré por el Gran Perdedor”». Era la voz de Javier, que apenas una hora antes le había contado la historia.

¿Cómo era posible que el señor Estanislao lo supiera?

Los pensamientos de la chica fueron interrumpidos cuando el hombre hizo una nueva revelación:

—Podemos hacer algo. El Gran Perdedor... sé dónde encontrarlo.

Elena quiso abrir la boca, pero fue interrumpida por el hombre.

—Por ahora, guarda tus preguntas.

—Pero...

—Habrà tiempo para responderlas todas. ¡No podemos perder el tiempo respondiéndolas! ¡Ellas solamente

generarán más interrogantes! —Hubo una pausa; el señor Estanislao se inclinó sobre



Elena y posando uno de sus rugosos y fríos dedos en el mentón de la chica dijo—: Confía en mí.

Seguidamente, el viejo apoyó las manos sobre el bastón y explicó:

—Los perros no fueron más que un viejo truco del Gran Perdedor. Hologramas. Está lleno de artugios y trampas. Debes tener mucho cuidado.

Elena vio al anciano por el rabillo del ojo.

—¿Hologramas?

—Sí. Ya sabes, imágenes tridimensionales proyectadas usando varios haces de luz.

—Ooooookey.

Elena creía comprenderlo todo. El tipo no estaba loco. Estaba loquísimo: reloquísimo. Se le habían zafado todos los tornillos. Todo ese cuento del Gran Perdedor y los hologramas, nada parecía tener pies ni cabeza.

—Este... claro. Hologramas —repi- tió Elena. ¡¿Cómo no se me había ocurrido antes?! Es un tipo muy malo, ese... el Gran Perde-



dor—. Dijo esto último abriendo comillas con los dedos de ambas manos.

El señor Estanislao se inclinó de nuevo, tanto que Elena tuvo que echar hacia atrás la cabeza. Luego posó una mano sobre su hombro y la miró largamente.

Elena sintió tranquilidad. Era inexplicable, pero de pronto supo que debía confiar en aquel anciano que parecía estar más loco que una cabra.

—No irás sola. Te acompañará Diodo —dijo rompiendo el incómodo silencio.

Dicho esto, emergió un extraño aparato. Lo hizo como si tuviese pánico escénico: apareció tras una de las pesadas cortinas que cubrían la única gran ventana de aquel lugar. Se trataba de un televisor miniatura, sostenido sobre un par de patas metálicas como de zancudo. Tenía un par de brazos igual de frágiles y largos. Se atrevió a salir de su escondite. En la pantalla se mostraba un saludo: «Hola». Esto fue seguido por una carita feliz formada por punto y coma y un paréntesis.

—Diodo será tu guía, él irá despejando tus dudas.

Elena no podía creer lo que sus ojos veían. Se inclinó para inspeccionar el aparato y no pudo evitar preguntar qué era eso.

—Diodo 19-34. Es una unidad robótica de primera generación. Noble, eficiente y, sobre todo, leal.

—¿Es como un teléfono?

En la pantalla del pequeño robot apareció una palabra, como si alguien tecleara: «Sin ofensas, ¿eh?».

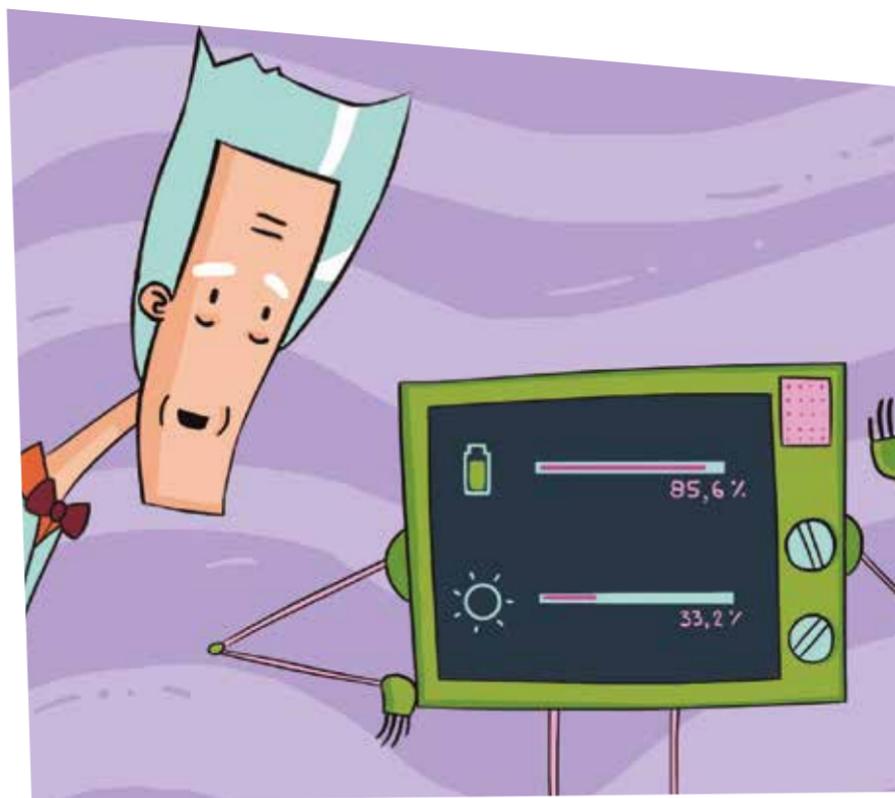
—¿Puede hablar? —preguntó Elena maravillada.

—¡Oh, claro! Perdona mi torpeza —exclamó el señor Estanislao, e inclinándose un poco manipuló la parte trasera del aparato de color verde. Al parecer, Diodo había pasado por muchas aventuras antes, pues las abolladuras en su chasis y el óxido en buena parte de su estructura así lo insinuaban.

—Bastará con presionar este botón —explicó, y luego, mascullando, agregó—: Si se pone un poco hablador, ya sabes qué hacer.



De inmediato, la pantalla de Diodo mostró algunas barras y símbolos: «Hola, soy Diodo 19-34. Seré tu guía y resolveré todas tus dudas. El estado de mi batería es de 85,6 % de carga. Puedes ajustar el brillo de la pantalla, que actualmente se encuentra en 33,2 %, y otras funciones que en su momento irás conociendo. ¿Cómo te llamas?», preguntó el zancudo televisivo.



La niña agitó la cabeza como si volviese de una ensoñación, y con la boca aún abierta por la sorpresa dijo su nombre.

—Bien, no hay tiempo que perder —dijo el señor Estanislao.

—¿Usted podrá acompañarnos? ¿Cierto?

—Hija, soy demasiado viejo para esto; solamente pondría en peligro la misión. Deberás hacerlo tú y encontrar al Gran Perdedor y, con suerte, a tu amigo.





Episodio 2

Toc, toc, toc

Javier se habría puesto muy contento al saber que Elena emprendería su búsqueda, porque de alguna forma tenía claro que algo había ocurrido. Recordaba con total claridad su descenso vertiginoso por la calle Mortis, pero luego todo se había convertido en una mancha indefinida.

—¿Estoy perdido? —se preguntó. Pero ¡si en ese momento estaba en su habitación! ¿Cómo podía entonces saber que algo había cambiado?

Toc, toc, toc. Llamaron a su puerta. En cualquier otra circunstancia, habría dicho simplemente «pase». Pero esta vez tuvo la certeza de que algo había cambiado. Dio un rápido vistazo: allí estaba su colección de piedras.

Toc, toc, toc. Insistían del otro lado de la puerta. Javier se dejó caer sobre la cama y fingió dormir. Pudo escuchar cómo la puerta se entreabría para luego cerrarse. Luego, el sonido de los pasos se desvaneció por el pasillo.

De un salto volvió a su inspección: la colección de piedras, sus figuras de acción, la consola de videojuegos. Todo en el perfecto orden que él procuraba mantener (aunque su padre solía pensar lo contrario). Pero tenía

la seguridad de que algo no estaba bien. Y quizá ese algo debía revelarse en esa habitación. Abrió de par en par el clóset; todo lucía tal como lo recordaba. Allí estaba su camiseta preferida (una que le quedaba bastante pequeña, por cierto). Incluso el papel con la anotación del #CuantasBotellasChallenge que no había logrado resolver permanecía pegado a la pared: «¿Cuántas botellas de agua de medio litro se necesitan para llenar 41 vasos con 250 mililitros cada uno?».

Javier suspiró. Aún no había encontrado la respuesta y aquel no era el momento de detenerse a pensar en ella.

Toc, toc, toc. La puerta de nuevo. Esta vez, Javier lo dijo: «Pase». Ni siquiera volvió la mirada pensando que quizá lo había soñado todo.

—¿Estás despierto finalmente? —dijo una voz a sus espaldas. Pero esa voz sonaba particularmente diferente. ¡Quizá demasiado alegre!

Cuando Javier giró sobre sus talones, se llevó una sorpresa mayúscula. Su padre vestía con un elegante frac verde aterciopelado y sujetaba entre las manos un sombrero de copa.

—¿Estás bien? —preguntó Javier, incapaz de disimular su asombro.

—¿Bien? ¿Por qué no habría de estarlo, hijo? ¡Mírame!

Acto seguido, el hombre zapateó para luego introducir la mano dentro del sombrero y extrajo un enorme cuchillo. Javier sintió que las piernas se le doblaban, pero su padre soltó una carcajada.

—Perdona, todavía debo practicar —exclamó sin dejar de sonreír.



Metió el cuchillo de vuelta en el sombrero y con la lengua de lado rebuscó laboriosamente dentro. Esta vez sacó de él un animal completamente extraño para Javier.

—¿QUÉ ES ESO? —gritó el chico mientras se alejaba como si aquello que su padre sujetaba fuese una tarántula orejona.

Su padre se puso serio. De inmediato, guardó al animal dentro del sombrero y se aproximó palpando la frente del chico.

—¿Estás bien, Javier?

—Sí, creo que sí. Solamente dime qué era esa rata—. Pensó en decir «tarántula», aunque no tenía ningún parecido con una, pero lo pensó bien y no quiso alarmar más a su padre.

El hombre se echó a reír mostrando un hueco en su dentadura. ¡Le hacía falta el mismo incisivo que a él!



—Vamos, hijo, ¿cuál rata? ¿Acaso nunca habías visto un jerbo de orejas largas? ¿En qué mundo vives?

—Perrrrro, perrrrro. —La lengua del chico comenzó a trabarse. ¿No se supone que de los sombreros deban salir conejos?

Así, su padre dejó el sombrero en el suelo y emprendió una rápida revisión. Le abrió la boca y le pidió que dijera «ahhh», a lo cual el chico accedió. Una vez completado el examen, el hombre mostró una media sonrisa.

—Querido hijo. Tú sabes que los conejos se extinguieron hace miles de años, eran prácticamente ¡los tentempiés de los dinosaurios!

—¿Por qué estás vestido como mago? —preguntó Javier cediendo a la duda.

El hombre arrugó la frente.

—¡Porque eso soy: un mago, hijo! Parece que dormiste más de lo habitual, tal vez todavía crees estar soñando —exclamó.

Javier estaba plenamente seguro de que su padre mantenía el puesto de contador en la fábrica de Pirule-



tas del pueblo. (De hecho, gracias a él se había agenciado de buena parte de los caramelos para el #PiruletasHipnotronicasChallenge).

Como tocado por un rayo, vino a su mente Elena. Algo muy extraño estaba ocurriendo y, sin pensarlo dos veces, emprendió la carrera.

—¿Adónde vas, hijo? —gritó su padre desde el rellano de las escaleras.

—¡A rescatar a Elena! —fue la respuesta que el chico dio antes de cerrar de sopetón la puerta principal.

En ese instante, la puerta del baño del dormitorio de Javier se abrió. Su padre no comprendía cómo su hijo estaba saliendo del baño con una toalla en la cintura. El chico tenía puestos los audífonos y escuchaba música *punk*.

—Pero... pero... —masculló su padre señalando hacia la puerta principal.

—¿Qué pasa, papá? —dijo Javier alzando uno de los parlantes.

El hombre estaba perplejo.

—Vaya. ¡Tal parece que estás siguiendo mis pasos, Javier! —dijo esbozando una enorme sonrisa que dejó entrever el hueco entre sus dientes.



Episodio 3

El carro más obsoleto del mundo

—**D**éjeme ver si entendí —dijo Elena arqueando una ceja—. El Gran Perdedor tiene a Javier, ¿cierto?

—Eso es lo que espero.

—Pero Javier sigue en su casa en este momento.

—Así es, pero en un mundo paralelo. El Gran Perdedor aprovechó el momento de la caída para llevarse al Javier que sí vino contigo.

Elena se rascó la cabeza. Aquello sonaba completamente disparatado.

Pero eso significa que Javier no recuerda nada. Nada.

—Ese Javier que ahora está en su casa nunca te acompañó acá; por lo tanto, no sabe que estás buscándolo. El chico con quien irás es exactamente el mismo, solo que él te dijo que no vendría. Sé que es difícil de entender. Pero debes confiar en mí.

—Y para encontrarlo ¿qué debo hacer?





El señor Estanislao suspiró. Le había explicado varias veces el procedimiento a Elena:

—Salir de la casa manejando mi auto.

—¿Cómo se supone que voy a conducir un carro si nunca en la vida lo he hecho? —admitió la chica.

—Seguramente has visto alguna película en la que alguien conduce. Además, no es tan difícil. No con mi auto.

Elena no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Y puede repetirme por qué debo salir en él? ¿No puedo hacerlo a pie?

—Los perros, Elena; no olvides a los perros. Seguramente, el Gran Perdedor enviará algunos para disuadirte. No debemos levantar sospechas. Deberás ponerte alguna ropa mía para despistarlos.

—¿Y cómo sabrá el Gran Perdedor que no voy escondida en la cajuela?

—Me aseguraré de ello. A quien él verá por esa ventana (o los perros) será al señor Estanislao, quien saldrá de la casa en su auto, y a Elena de pie —dijo el hombre señalando el lugar por donde Diodo apareció.

—Y ¿cómo lo hará?

—¡Preguntas! ¡Muchas preguntas! ¿Te das cuenta del tiempo que perdemos en ellas?

Elena recapacitó. El hombre tenía razón.

—Además, Diodo te será muy útil. Procura echarle un ojo a su batería de vez en cuando. Es una vieja unidad,



no querrás que se vuelva un estorbo en caso de encontrarte en una situación complicada.

La chica volvió la mirada al suelo y observó sin mucha esperanza al trasto mecánico que parecía saludarla con nerviosismo.

—Como posiblemente no alcances los pedales, él podrá ubicarse en el hueco debajo de tus piernas y presionarlos. Solamente tiene que acelerar o frenar, es todo.

Bajaron al garaje. El auto del señor Estanislao no era lo que Elena esperaba.

—¡Eso no es un carro! ¡Es solo un pedazo de chatarra! —exclamó la chica al ver lo que tenía ante sus ojos.

—Pero muy útil, te lo aseguro —aclaró el hombre esbozando una sonrisa. El auto tenía en la punta del capó las letras F A T, lo que le causó gracia a Elena.

—Creo que he visto esta marca. ¿Es italiana? —dijo la chica con sarcasmo.

—¿Italiana? No creo que los FRAT hayan sido fabricados allá —repuso el señor Estanislao. En efecto, entre la F y la A faltaba una letra: la erre.

El automóvil en cuestión, en sus tiempos de gloria (que sí los tuvo) estaba pintado

de azul perla. Ahora tenía una tonalidad verdosa en las pocas partes que aún conservaban pintura. Era el carro más obsoleto del mundo, tanto que a Elena le sorprendió cuando el señor Estanislao arrancó el motor. La chica se sentó al volante, que era tan grande que parecía haber sido el de un camión.

—Recuerda, si sufres algún percance te daré una ración de medicina.

—¿Las gomitas?

—Bueno, vamos a llamarlas así por ahora.

El hombre abrió el frasco y puso una buena cantidad de ellas sobre la palma de su propia mano. Para sorpresa de Elena, el señor Estanislao le entregó solamente una gomita y la mitad de otra, que tuvo a bien morder para partirla.

—Con eso será suficiente. Tienes allí gramo y medio. Para cualquier problema, la dosis máxima es de $\frac{1}{4}$ de gomita.

Elena no parecía comprender, pero supo que no era el momento de muchas preguntas. Solamente había cabida para una:

—¿Está en peligro?

—El Gran Perdedor es un genio. Tu amigo posiblemente esté perdido en un mundo paralelo y esté buscando la forma de salir de él. Me temo que, si no consigues ayudarlo, vagará de mundo en mundo y quizá le ocurra lo mismo que a Moncliur.

Elena sufrió un sobresalto. Recordó la historia terrible del loco Moncliur y no deseaba que su amigo tuviese el mismo fin. Pero ¿por qué el señor Estanislao conocía todo esto?

—Vamos, es hora de partir —apuró el anciano.

—¿Qué haré cuando encuentre al otro Javier?

—Debes convencerlo de alguna forma de que te acompañe a casa. Y, sobre todo, que tenga el valor de enfrentar a los perros. Después de eso, no te preocupes por él.





The background is a dark brown forest floor with several tree trunks of varying heights and thicknesses. In the bottom right corner, the top of a character's head is visible, featuring a bright pink or magenta cap and a pale, rounded face with simple black lines for eyes and a small, curved line for a mouth.

Aventura 4
Mundos
paralelos



Episodio 1

¿Cuál calle Mortis?

Mientras tanto, Javier corría por la calle principal del pueblo a una velocidad vertiginosa. Que su padre fuese mago era quizá lo que menos le importaba en aquel momento. Debía encontrar a Elena y lo único que podía hacer era buscarla en el último lugar donde estuvieron en contacto: la vereda de la mal llamada calle Mortis.

Cruzó como un bólido frente a la panadería donde el descolorido rótulo anunciaba: «Panes del Ayer. Establecido con dureza en 1897, Sucursal Norte». Apenas tuvo tiempo de responder el saludo del hijo del señor Panharé, quien agitó su mano tras la ventana del local.

Tal como sucedía con Elena, su cabeza estaba llena de preguntas, pero la única que le interesó formular en aquel momento fue esta: ¿Dónde está la calle Mortis?

Se hizo la pregunta al llegar a un punto muerto. Donde se suponía que debería estar el sendero que conducía hacia la casa del señor Estanislao, lo que realmente había era un enorme muro de piedra que parecía bordear una buena porción de terreno.

Volvió sobre sus pasos al percatarse de que no había manera de cruzar el muro, y de inmediato pensó en la panadería.

La campanilla de la puerta anunció la llegada de un cliente.

—¡Joven Javier! ¡Qué gusto de verte de nuevo! —exclamó el panadero Panharé—. ¿Todavía llevas prisa? ¿Qué pan buscas hoy? ¿O quieres clavar algún cuadro? ¿Romper algunos cristales? (La panadería era además una especie de ferretería del pueblo. Todos los panes viejos se vendían como si fuesen herramientas, particularmente para clavar o dar de golpes a cualquier cosa).

—Escucha —respondió el chico jadeando—. Solamente quiero que me digas dónde está la calle Mortis.

El hombre arqueó las cejas sin comprender.

—¿La calle Mortis, dices? ¿Cuál calle Mortis?

Esta respuesta desarmó por completo a Javier. ¿Cómo era posible que el panadero no lo supiese?

—¡La calle Mortis! ¡La calle Mortis! —alegó el chico sin conseguir dar las señas particulares del



lugar. Si pudiésemos hacer una tabla explicativa del pánico que sentía en ese momento, esta sería más o menos así:

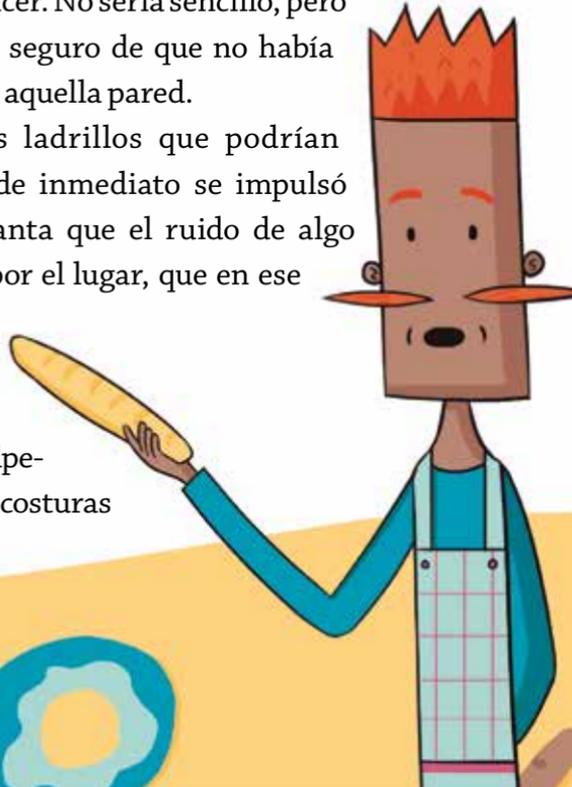
- Descubrir que su padre es mago: 15 % (moderado)
- Llegar al gran muro: 30 % (alto)
- Escuchar las palabras del panadero: 50 % (altísimo)
- Total de pánico actual: 95 % (está que revienta)

Pero el porcentaje restante era el indicio de una leve esperanza. Y esa se vería manifestada al salir de sopetón de la panadería y correr en dirección a donde debía de encontrarse la calle Mortis.

Cuando llegó al muro, sudaba a mares y supo de inmediato lo que debía hacer. No sería sencillo, pero estaba completamente seguro de que no había más opción que escalar aquella pared.

Descubrió algunos ladrillos que podrían servirle de asidero y de inmediato se impulsó con toda su fuerza, tanta que el ruido de algo que se rasga hizo eco por el lugar, que en ese momento estaba desierto.

—¡No otra vez!
—se dijo dándole un golpecito a la pared. Eran las costuras



de su camisa las que habían cedido, por lo que ahora se veía en su espalda una enorme abertura. Revisó sus pantalones para comprobar si la rotura continuaba allí. Y allí estaba. «A este paso —pensó—, muy pronto me veré como un pordiosero».

Pero no había tiempo para lamentaciones. Aun si terminase con la ropa hecha jirones, debía trepar por el muro y emprender una increíble carrera.

Se afianzó de nuevo al ladrillo y luego al siguiente. Poco a poco fue trepando, cada vez con más seguridad. Estaba a muy pocos centímetros de lograrlo cuando apoyó los dedos sobre un ladrillo humedecido. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero consiguió de alguna manera asirse a otro bloque que sobresalía a poca distancia. Colgado así, parecía una araña con patas tronchadas.

—¡Vamos, Javier! —se dijo dándose ánimo.

Instantes después lo había logrado. Finalmente, estaba en la cima del muro. Se detuvo un segundo a tomar aire, sin preocuparse por lo que habría del otro lado.

Pero, entonces, sintió que todo estaba perdido. Porque detrás de aquel muro no había nada de lo que imaginaba: espinos.

—¡Esto no puede estar ocurriendo! —gritó.

Pero lo estaba. Y no tenía otra opción. Porque el camino hacia la casa del señor Estanislao (si existiese

en ese mundo) no estaba. Y tampoco los espinos. Lo que Javier pudo ver desde lo alto del muro fue, a su pesar, un enorme pantano.





Episodio 2

¿Cuál palanca?

Elena sujetó con fuerza el volante. Las ropas que el señor Estanislao le había dado le quedaban excesivamente grandes y la tela con que estaban confeccionadas le daba comezón.

—Ahora el sombrero —dijo el hombre colocándole uno cuya copa era demasiado grande para la cabeza de la niña, y, por lo tanto, le cubría los ojos.

—¡Eso estará perfecto!

—¿Perfecto? ¡No puedo ver nada! —exclamó Elena.

—No tienes nada más que mantener el volante fijo. Diodo sabrá qué hacer, no debes preocuparte.

El hombre se despidió de Elena y puso en marcha su plan, el cual consistía en colocar un maniquí con las ropas de la niña en la ventana.

—Diodo, en exactamente cinco minutos emprendan la marcha —había ordenado el señor Estanislao.

Ese tiempo le pareció eterno a Elena, así que cuando el «zancudo televisivo», como llamaba al robot, le informó que era momento de partir, la chica sintió miedo.

—No te preocupes, Elena, solamente debes seguir mis instrucciones. ¿Ves esa palanca al lado?

—¿Palanca? ¿Cuál palanca? —Nadie le había hablado de ella. Por un momento, olvidó que el FRAT era, en apariencia, un vehículo cualquiera, pero ahora se había percatado de que requería hacer los cambios de velocidad. Pero era demasiado tarde, porque Diodo dio la orden:

—¡No te quedes sin hacer nada!
¡Muévela en equis!

—¿En equis?

Elena se dio por enterada: el pequeño robot hablaba en un idioma completamente distinto al suyo. ¡Cuánto deseó haber pasado por un curso exprés de lenguaje robot-humano, pero era demasiado tarde!

—¿¡Qué es moverla en equis!? —Imagino



que debía mover la barra formando una X, pero solamente consiguió que la caja de velocidades emitiera un lamento mecánico. Entonces recordó que, precisamente en una película de persecuciones en auto, la primera velocidad hacía avanzar al auto. Y creyó estar segura de que esto se hacía empujando la palanca hacia adelante.

—¡Bien hecho! —dijo Diodo en medio de bips de alegría.

El auto salió con suavidad, lo cual resultaba muy extraño considerando su estado, y avanzó por el camino empedrado.

—Ahora ¡x + y! —dijo Diodo.

Elena intuyó que se refería a la segunda velocidad que, según recordaba, se conectaba empujando la palanca hacia abajo.

El viejo FRAT comenzó a moverse un poco más rápido. Elena alzó el sombrero para ver por el retrovisor y descubrió que el señor Estanislao había colocado el maniquí. El viejo se escondió detrás de la cortina y agitaba uno de los brazos de la muñeca, que posiblemente se había zafado. Todo apuntaba a que el plan marchaba

viento en popa.

No se percató del momento en que el auto comenzó a ganar velocidad,



pues empezaba a descender por el sendero de la mal llamada calle Mortis.

—¡x - y!, ¡x - y! —vociferó Diodo, y Elena supo que debía volver a la primera velocidad. Pero la palanca se trabó.

Diodo repetía sin tregua, apoyando ahora una de sus largas patas en el pedal del freno: ¡x - y!, ¡x - y!

Pero no había nada que la chica pudiera hacer. Presionó con fuerza la palanca y esta crujió como el mismo lamento con el que principió.

—¡NO SÉ QUÉ PASA! —gritó Elena. De pronto, el vehículo comenzó a dar saltos y el sombrero que la chica llevaba puesto ahora le cubría los ojos sin la menor posibilidad de quitárselo, pues se aferraba al timón como si de ello dependiera la vida.

El auto aceleró y empezó a desviarse hacia los espinos, que invadieron el interior. Diodo continuaba presionando el pedal del freno sin obtener respuesta alguna.

—¿Qué hago? —preguntó la niña, presa del pánico. El auto realmente daba tumbos. Elena recordó



su caída de la bicicleta y por un instante consideró que, si bien la primera vez había salido bien librada, una cosa es caerse de la bici y otra muy distinta hacerse papilla en un automóvil.

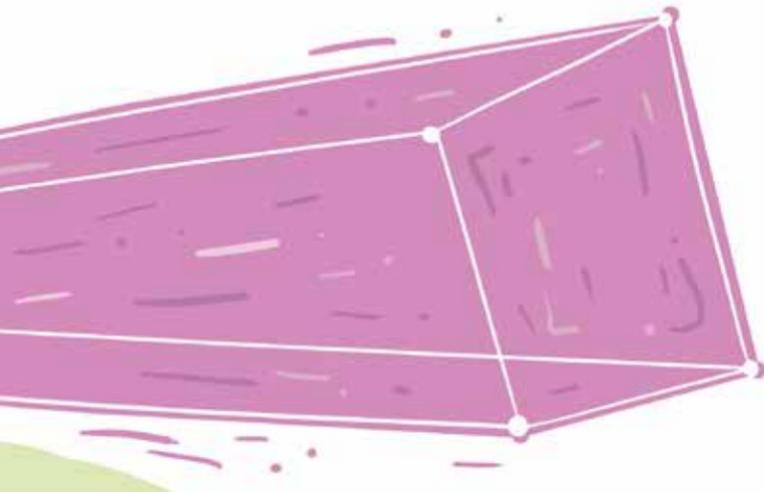
Entonces, Diodo dejó lo suyo y lanzó una mirada al frente.

—¡Tendremos que hacerlo! —dijo con una voz metálica muy diferente a la que Elena conocía.

—¡Hacer qué! —gritó la chica.

—¿Estás lista?

—¿Lista? ¿De qué hablas? —dijo Elena soltando el volante. En ese momento, frente a sus ojos se abría una especie de orificio por donde penetraba la luz. Diodo emitió por su diminuta pantalla cuatro rayos que parecían abrir una especie de portal. ¡Un portal hacia otro mundo!





Episodio 3

El encuentro

Javier se lanzó desde una altura considerable. Al ver que lo que estaba bajo sus pies era un pantano, pensó que posiblemente no se haría mucho daño.

A medida que fue avanzando, las raíces de los árboles que impedían ver más allá se enredaban en sus pies. Ahora, su ropa no solo estaba maltrecha, sino sucia y húmeda. A este paso no parecería un mendigo, sino un loco perdido en una isla desierta.

«¡Elena!», pensó. Se detuvo al lado de una enorme raíz que sobresalía en un lugar poco profundo, donde el agua le llegaba a las pantorrillas. Por un instante consideró la posibilidad de volver al pueblo y pedir ayuda. Pero en realidad lo tomarían por loco. «¿Cuál calle Mortis?», preguntarían. «¿Estás bien, hijo?», diría su padre. Estaba seguro de que ni siquiera él le creería. Sobre todo después de mencionarle el tema de los conejos. Pensó de pronto en aquel horrible animal. Era una rata o algo parecido. No recordaba el nombre que su padre había dicho: ¿cuervo de orejas largas?, ¿perro de orejas largas?

Se encontraba sumido en esta meditación cuando percibió una leve agitación en el agua.

Una rana asomó la cabeza del agua y a Javier le pareció que le guiñaba. No sería extraño que aquella ciénaga estuviese poblada de pequeños insectos, alguna que otra rana e, irremediablemente, ¡cocodrilos!

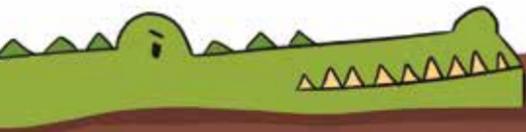
De pronto tuvo miedo. No miedo, pánico.

«¿Dónde está la calle Mortis?», se dijo a sí mismo. Y volvió a ver en derredor. Una nueva agitación en el agua, más fuerte que la anterior, lo puso en alerta. Se trepó a la rama y desde allí atisbó a su alrededor. Nada, ni un solo movimiento.

Intentó recordar el camino que debía seguir, pero resultaba completamente imposible dadas las condiciones del terreno. Entonces, algo llamó su atención. Arriba, en el árbol, había algo extraño. ¿Era acaso un rótulo?

Sin pensarlo demasiado, comenzó a trepar el árbol. Después de haberlo hecho sobre el muro, aquella tarea resultó bastante sencilla. Cuando estuvo a la altura de aquel pedazo de madera con forma de paralelepípedo rectangular, pasó su mano sobre este limpiando cualquier rastro de moho que lo cubría. Casi se va de espaldas cuando leyó lo que en el rótulo estaba escrito: «¡Cuidado!».

Eso quería decir que, de alguna forma, ¡el camino era el mismo! Se lanzó de un salto sobre el agua empujantada que le llegaba hasta las rodillas y se puso a chapotear de alegría.



—¡Es la calle Mortis! ¡Es la calle Mortis!

De haber tenido una sábana encima y un teléfono que lo grabase, sin duda alguna Javier habría ganado el #BailaComoUnFantasmaChallenge. Recordó su teléfono, pero no lo tenía en ningún bolsillo.

Poco a poco continuó avanzando, asiéndose de ramas y raíces. Cada cierta distancia encontraba los mismos rótulos que ya conocía: «¡No pase!», «¡Viaja bajo su propio riesgo!», «¡Se lo advertimos!», «¡De aquí en adelante va solo!», «¡Compre pan donde don Juan!».

Si estaba en lo correcto, con toda seguridad se encontraba a poquísimos metros de donde había ocurrido el percance. Pero ¿de qué le serviría? ¿Dónde estaba Elena?

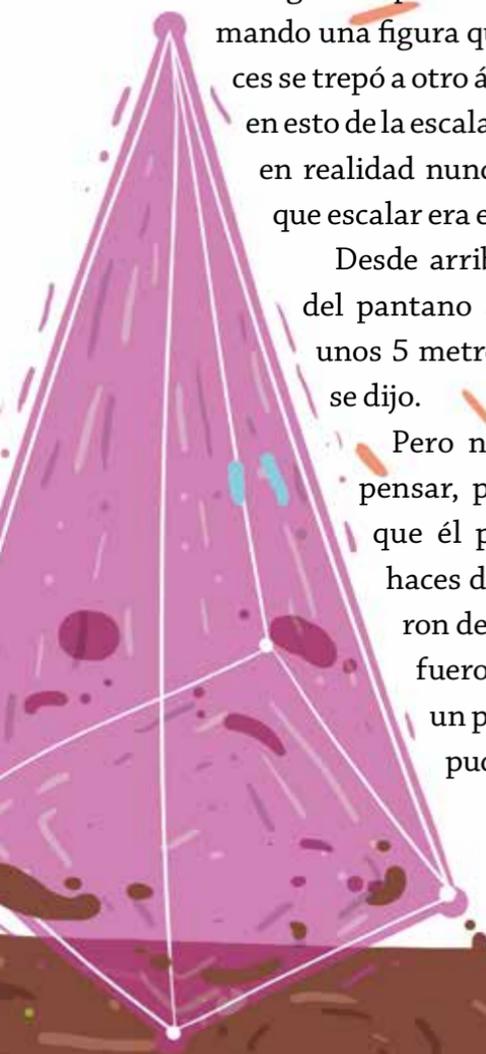


¿Qué había de la casa del señor Estanislao? Bien, si estaban los rótulos, las probabilidades de encontrarla eran bastante altas.

Llegó a un punto donde la ciénaga se abría formando una figura que no pudo reconocer. Entonces se trepó a otro árbol. «¡Vaya, estoy mejorando en esto de la escalada!», se dijo. Era curioso, pues en realidad nunca le había ido bien debido a que escalar era exigente en sentido físico.

Desde arriba, observó que en el centro del pantano se formaba un cuadrado de unos 5 metros por lado. «¡Qué extraño!», se dijo.

Pero no tuvo mucho tiempo para pensar, porque de alguna forma, sin que él pudiese explicárselo, cuatro haces de luz que lo cegaron emergieron de los vértices del cuadrado y se fueron elevando hasta unirse en un punto más arriba. Poco a poco, pudo acostumbrarse al brillo: lo



que tenía ante sus ojos era una pirámide, tan alta como ancha, formada por aquellas luces que emergían de los cuatro vértices.

Javier no salía de su sorpresa. ¿Qué era aquello?

En ese instante, un estallido lumínico que surgió del centro de la pirámide lo hizo retroceder. Sintió que una ráfaga de viento lo empujaba irremediablemente, pero de alguna forma consiguió asirse de una retorcida raíz para quedar con las piernas colgando al viento, que se arremolinó y casi lo arrancó de su asidero. De pronto, al abrir los ojos, Javier pudo observar algo como un portal del cual emergía un objeto conocido que cayó con estrépito sobre el agua empantanada, lo que levantó una enorme ola de lodo, raíces y nenúfares.

De sus ojos llenos de lodo brotaron lágrimas de alegría: ¿Era Elena?







Aventura 5
Frats y
monstruos



2...6...18...54...162



Episodio 1

Búsqueda

—¡Elena! ¿Eres tú? ¿Eres real?
Lo dijo pellizcándole el brazo para cerciorarse de que aquello no era un sueño.

—¡AYYY! Pero ¿¡qué haces, Javier!?! —dijo la chica saliendo trabajosamente del auto.

Enormes burbujas emergieron de debajo de sus pies. Estaba claro que el vehículo se estaba hundiendo inexorablemente.

—¡Diodo! —gritó Elena, y justo antes de ver desaparecer el viejo FRAT, logró rescatar al pequeño robot, cuya pantalla estaba cubierta por una espesa capa de lodo.

—¡Diodo! ¿Estás bien? —dijo la chica limpiando con los dedos la pantalla. En esta, lo único que pudo distinguir fueron los datos que indicaban el nivel de carga de la batería: 10%. Los números estaban en rojo y centelleaban como una advertencia, para entonces cambiar y mostrar una secuencia numérica que, al parecer, carecía de sentido: 2, 6, 18, 54, 162, 486. Luego de esto, un chisporroteo brotó de la parte posterior de la pantalla, seguido por una explosión parecida a una flatulencia electrónica. Fue un ¡pof! seco, seguido por un hilo de

humo que se elevó encima de sus cabezas. La pantalla se apagó por completo.

—¿Qué es esto? —preguntó Javier sin dar crédito a lo que veía.

—Es lo que me ayudó a llegar hasta acá —replicó Elena haciendo girar desesperadamente al pequeño zancudo televisado.

—Creí que había sido en ese viejo trasto —dijo Javier señalando el lugar donde minutos antes el automóvil había estado. Aún se asomaba parte de las llantas delanteras y el capó con las letras FAT.

—Un momento —se detuvo el chico. ¿Cómo sabes conducir?

—Todo lo hizo él: Diodo. Y si fue capaz de traerme hasta acá, estoy completamente segura de que solo él podrá llevarnos de vuelta.

Las cabezas de ambos estaban llenas de preguntas, pero si algo había aprendido Elena era que debía responder solamente las más importantes. Sin duda, el tiempo podría estar en su contra en aquel momento. Entonces, abrazó a Javier y ambos lloraron de alegría por estar juntos de nuevo.

De la boca del chico brotaron las preguntas, muchas de ellas sin respuesta:

—¿Cómo me encontraste?

Elena no sabía muy bien cómo responder aquello, pero estaba claro que, sin la ayuda de Diodo, no habría sido posible.

—¿Sabes dónde estamos? —inquirió la chica por respuesta.

Javier le explicó todo lo ocurrido hasta el momento: su padre mago, el muro, el pantano, los rótulos. Todo resultaba confuso e inexplicable para ambos, como si de pronto fuesen trompos que giran a merced de un impulso misterioso.

El pequeño robot lucía en malas condiciones. Delgados hilos de humo salían de los bordes de su pantalla. Cuando Elena creyó que todo estaba perdido para Diodo, la pantalla se encendió de forma intermitente. En ella apareció escrito: «El señor Estanislao. Búsquenlo».

Si esta es la calle Mortis, o lo que en otro lugar conocíamos como tal, entonces la casa del señor Estanislao debe de estar cerca. Solamente él nos puede ayudar; a nosotros y a Diodo.

La idea sonaba descabellada. Javier pensó que lo mejor era volver al pueblo en busca de ayuda.



—No —replicó Elena. Nadie podrá ayudarnos. Estamos en un universo paralelo donde la calle Mortis no existe. ¡Nos tomarían por locos cuando menos! O se burlarían. Eso nos quitaría tiempo.

—¡Pero existe! ¡La calle existe! Los rótulos ¡están allí!

Elena suspiró. En el fondo quería creer que volver al pueblo era la mejor idea. No estarían solos, seguramente se formaría un grupo de búsqueda para ayudar a los viajeros del tiempo y el espacio a volver a su lugar de origen.

—Eso es lo de menos, Javier —dijo finalmente. Ni siquiera estamos seguros de si llegaremos a encontrar algo más adelante. Este lugar es tan inhóspito y solitario que podríamos perdernos irremediablemente; y sin la ayuda de Diodo, quedaríamos varados sin remedio. Eso puede ocurrir tanto si volvemos como si continuamos. La diferencia es que la casa podría estar muy cerca.

—¡Con más razón! —exclamó Javier alzando las manos al cielo.



—De haber una casa, te aseguro que la encontraremos pronto. Quizá a no más de 60 metros de acá cuanto mucho —dijo Elena señalando en una dirección. Pero lo que vieron fue solamente un muro de troncos y copas de árboles frondosos que mucho más adelante envolvían el horizonte en una penumbra misteriosa.

Hubo silencio. Los chicos escucharon el trinar de pájaros, pero luego algo más. Era lejano, pero sin duda reconocible.

Perros.





Episodio 2

El monstruo del pantano

—¿E escuchaste eso?
—Creo que es por allá —dijo Elena señalando con el dedo tembloroso al punto donde segundos antes había indicado.

Los ladridos comenzaron a escucharse con más claridad. No provenían de un solo perro, sino de una jauría que avanzaba en dirección a ellos.

El primer impulso de cualquier persona normal habría sido emprender la huida. Eso fue lo que intentó hacer Javier, pero Elena lo contuvo de inmediato asiéndolo de una manga.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! ¡Vámonos, Elena! —suplicó el chico dándole un empujón tan fuerte que la manga se rasgó.

El chico estaba con la ropa hecha pedazos: el pantalón, la espalda y ahora la manga. Su aspecto no era el mejor, si a esto le sumamos la cantidad de lodo y de hojas que lo cubrían. Elena no tenía un aspecto demasiado diferente, salvo por sus ropas que, a pesar de todo, estaban aún en una pieza. Ambos olían mal. Era la pestilencia proveniente del agua verduzca y estancada del pantano,

que ahora les impregnaba la ropa, la piel y el cabello, que se les puso tieso como trapo viejo.

—¿Qué has hecho? —gritó Javier, al ver cómo parte de su manga colgaba mientras de ella escurría el agua verdosa—. ¡Esto es el colmo!

Y sí, ambos parecían menos que vagabundos.

—Espera —dijo de pronto Elena. Tengo una idea.

Los ladridos se escuchaban cada vez más cerca. Elena buscó entre las aguas pestilentes algunas hojas, nenúfares, ramas y raíces, todo lo que pudiera servirles para lo que se traía entre manos.

Javier sabía de antemano que de nada serviría protestar y no tuvo otra opción que ayudar a Elena cuando entendió cuál era su plan.

—No estoy seguro de que esto vaya a funcionar —dijo mientras arrancaba una raíz retorcida.

—Al menos debemos intentarlo —dijo la chica.

El plan era sencillo: cubiertos como estaban de barro, con las ropas hechas un asco, bastaría con que Elena se subiese a los hombros del chico, armada con ramas a manera de brazos cubiertos de hojas. Las patas metálicas de Diodo asomaban de la camisa de Elena.



El aspecto final superaba por mucho las expectativas de la chica. Era una verdadera lástima no tener un espejo o el teléfono para tomar una foto. Sin duda, habrían ganado (de existir) el #ConvierteteEnUnMonstruoDelPantanoChallenge. Ahora solamente debían confrontar a los perros. Y para ello era necesario avanzar.

Lo hicieron y muy pronto avistaron la jauría como una mancha oscura, más parecida a un monstruo de muchas cabezas, que emergió en el horizonte. Se escondieron detrás del tronco cilíndrico de un enorme árbol que ni extendiendo completamente los brazos habrían

podido abrazar, pues su base tenía unos tres metros cuadrados y una altura de no menos de cinco metros. ¡Era un árbol de gran volumen!

Javier se apoyó sobre el tronco respirando trabajosamente. Pero no debido al peso de Elena, sino por el temor que en ese momento hacía que le chocaran las rodillas.

—¡Ahora! —dijo Elena en voz baja.

—¡No creo poder hacerlo!

—Vamos, Javier, ¡es ahora o nunca!

—¿Y si no funciona?

—Tiene que funcionar. Es nuestra única oportunidad —replicó la chica. Lo dijo más para sí procurando que Javier creyera lo contrario.



Los perros parecían estar muy cerca, quizá detrás del grueso tronco. Aquellas bestias olfateaban y era seguro que no serían capaces de diferenciar entre el terrible olor del lugar y el que expelía el monstruo del pantano oculto al otro lado del árbol.

Elena silbó para llamar la atención de los animales. Hubo silencio. Entonces un perro olfateó. Era el momento.

En ese momento, Javier se armó de valor y, asiendo con firmeza a Elena, dio un giro para enfrentarlos procurando chapotear en el agua espesa.

Ellos gritaron, los perros ladraron. Elena alzó los brazos hechos de ramas y gritó la tabla de multiplicar del dos. Y vaya si daba miedo. Sobre todo cuando lo que ves es un ser de una altura amenazadora, cuyas extremidades están formadas por ramas y cuyo cuerpo está totalmente formado por lodo, y encima de eso te observa directamente con cuatro ojos. ¡Dime si cualquier tabla de multiplicar no sonaría amenazadora!



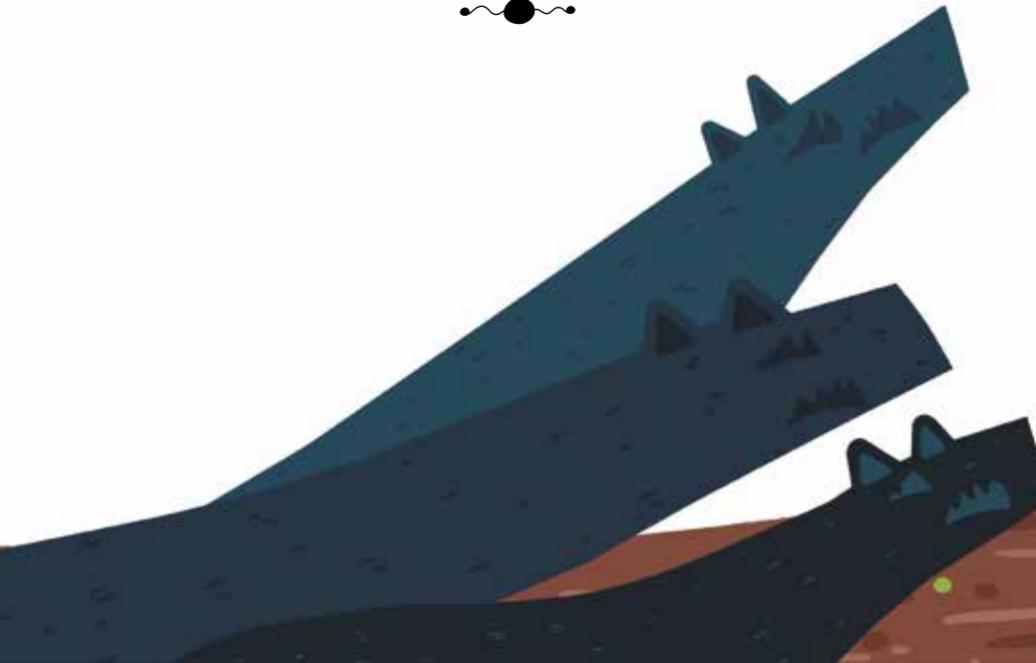
Los perros emprendieron la huida. Pero más que huir, lo que ocurrió fue inexplicable para Javier. Desaparecieron ante sus ojos: fue como si se hubiesen desvanecido en el aire.

—¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos! —gritó Elena sin ocultar su alegría. Parecía bailar sobre los hombros de Javier, quien intentaba por todos los medios de darle una explicación a lo que había ocurrido.

—Sí, Javier. Desaparecieron —dijo la Chica mientras bajaba de los hombros de su amigo.

—Pero...

—No te preocupes, sé cómo explicarlo; lo más importante ahora es llegar a la casa del señor Estanislao. Si es que existe.





Episodio 3

Buscando al señor Estanislao

—La vida está llena de retos —dijo Elena sujetando la mano de Javier.

Emprendieron la marcha y de inmediato tuvieron la impresión de que al dar 5 pasos avanzaban inexplicablemente uno nada más. Adelantar lo que deberían ser 10 pasos resultó ser solamente 2. Tras 15 más, apenas habían avanzado 3 pasos, y 20 pasos después tomaron un descanso.

—¡Esto es absurdo! —se quejó Elena recuperando el aire. El agua del pantano, que para ese momento era literalmente un lodazal, les dificultaba enormemente continuar. La chica trepó sobre una enorme raíz que sobresalía entre un grupo de lirios de agua. Al mover los pies, arrastró consigo una gran cantidad de algas. ¡Vaya que parecían verdaderas criaturas del pantano!

Un débil reflejo del sol que se colaba por el tejido vegetal les avisó que estaba por ocultarse y que pronto quedarían en total oscuridad. Javier rompió el silencio:

—Si ese tal Gran Perdedor hizo que yo me perdiera en este universo paralelo, ¿fue él quien te trajo hasta mí?

Luego de pensarlo unos segundos, Elena negó con la cabeza.

—Diodo impidió que ocurriera una tragedia. No sé cómo funciona ni cómo abrió ese portal, ni con qué códigos o datos consiguió traernos hasta acá. Pero seguramente eso no estaba en los planes del Gran Perdedor.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

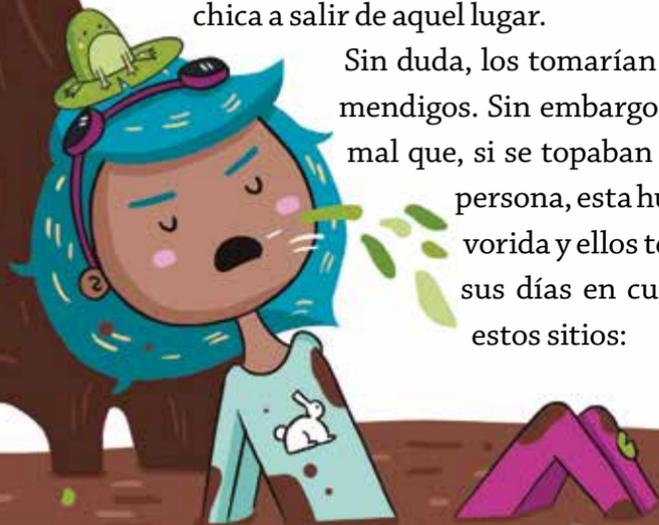
—No lo sé. Simplemente lo creo —respondió Elena saltando de la raíz. Es mejor que continuemos.

La chica dio un salto y, al hacerlo, cayó de lleno en una porción del pantano donde el agua era muy profunda.

—¡Elena! ¡Elena! —gritó Javier al verla desaparecer en el agua. Segundos después, Elena emergió escupiendo algas. Un sapo estaba posado sobre su maraña de cabellos tiesos.

—Creo que no es buena idea volver al pueblo en estas condiciones —comentó Javier luego de ayudar a la chica a salir de aquel lugar.

Sin duda, los tomarían por locos y mendigos. Sin embargo, lucían tan mal que, si se topaban con alguna persona, esta huiría desparovida y ellos terminarían sus días en cualquiera de estos sitios:



- Un museo de rarezas biológicas (esta propuesta de Javier denota su inclinación por creerse todo lo que ha visto en el cine).
- El centro de Investigación de Exageraciones Falsas de Criptozoología (el papá de Elena fue miembro honorífico durante muchos años, pero pronto se dio cuenta de que las pseudociencias no eran lo suyo).
- En un centro penitenciario, como guardias.
- En el departamento de cobranzas de algún banco importante (verán que pocos querrían ser perseguidos por semejantes engendros).

¿Qué probabilidad habría de que el señor Estanislao de este mundo conociera al Gran Perdedor? Eso, sin contar con que no tenían la menor idea de si en realidad había un señor Estanislao.

Elena sonrió con media boca. Tampoco contaba con una respuesta para ello, pero de alguna forma tenía la plena seguridad de algo: la casa, al menos la casa debería existir. Los rótulos eran quizá una señal.

—Diodo fue claro —sentenció la chica, cuya piel para ese momento tenía una tonalidad ocre verdosa—: «El señor Estanislao. Búsquenlo». Eso solamente significa que sí existe.

—No podemos seguir por el pantano. Es muy peligroso y está claro que no hemos avanzado nada —replicó el chico.

—Tienes razón. Pero ¿de qué otra forma podemos continuar?

La chica dio un paso y cayó de bruces en el agua verduzca. Si antes parecía el monstruo del pantano, ahora lucía como la mamá del monstruo. Un ser por demás apestoso y horripilante.

Javier no pudo reprimir una carcajada.

—¡Estás de muy mala suerte hoy, Elena!

La chica entrecerró los ojos. Aquello no le hacía la menor gracia.

—Bueno, piensa esto —dijo Javier sin parar de reír—: de existir el #ConvierteteEnLaMamaDelMonstruoDelPantanoChallenge, serías la ganadora indiscutible. (Eso de poner nombre largo a los retos era lo suyo).

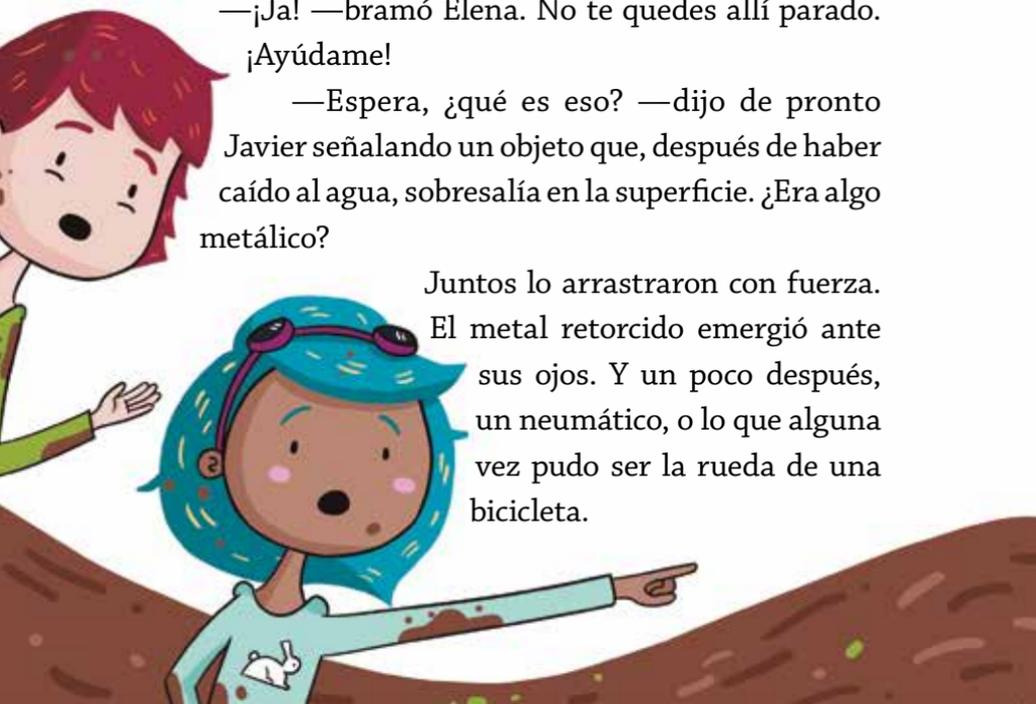
—¡Ja! —bramó Elena. No te quedes allí parado.

¡Ayúdame!

—Espera, ¿qué es eso? —dijo de pronto Javier señalando un objeto que, después de haber caído al agua, sobresalía en la superficie. ¿Era algo metálico?

Juntos lo arrastraron con fuerza.

El metal retorcido emergió ante sus ojos. Y un poco después, un neumático, o lo que alguna vez pudo ser la rueda de una bicicleta.



—¿Es mi bicicleta? —preguntó Elena. Tras una rápida revisión, estuvo casi segura.

Sin embargo, todo indicaba que aquello era imposible, había un 100% de probabilidades de lo contrario. Resultaba hasta difícil asegurar que aquello hubiese sido una bicicleta alguna vez, dado su estado: destruida y oxidada.

—¡Estamos muy cerca! —dijo exultante el chico.

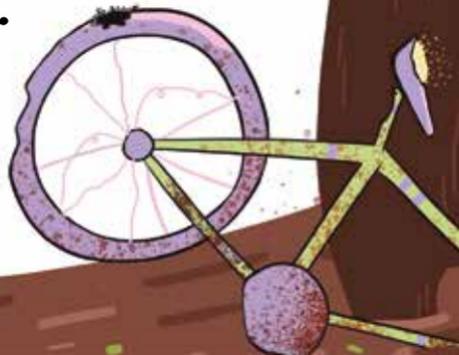
—Estamos bajando —susurró Elena.

—¿Bajando? ¿Cuál cuesta?

—Cuando nos estrellamos, ya habíamos recorrido un buen trecho en la dirección contraria de la casa del señor Estanislao —explicó la muchacha. De pronto, como si todo se aclarase, continuó—: El Gran Perdedor no quiere que encontremos la casa del señor Estanislao. ¡Quiere perdersnos!

Sintieron que sus pies cedían bajo el fango, ¡se hundían irremediadamente! Pero no porque descendieran el agua y los sedimentos del fondo, sino debido al vozerón que a sus espaldas dijo:

—Yo sé cómo encontrarlo.



Aventura 6

Perdidos







Episodio 1

Moncliur

Quien había hablado parecía provenir de otra época, pero ciertamente era difícil reconocer de cuál. En realidad, daba la impresión de haber estado en una fiesta de disfraces: botas de hule verde chillón, pantalones con estampado de dinosaurios, un grueso cinturón cubierto de cacharros extraños. Sus manos estaban en gruesos guantes de alpinista.

—Soy Moncliur —dijo jadeando. Dio unos pasos con dificultad dentro del agua pantanosa. Un sombrero de copa le cubría parcialmente el rostro.

Javier y Elena cruzaron sus miradas. Si el chico parecía un vagabundo, el hombre que tenían ante sus ojos podría pasar por el único sobreviviente de un naufragio dado el estado de sus ropas. Sus brazos desnudos mostraban innumerables tatuajes con motivos marineros. Todo el conjunto estaba rematado con una pechera oxidada.

—Los he buscado por todas partes —dijo enseguida descubriéndose la cabeza y dejando ver sus cabellos que, como lava volcánica, cayeron sobre sus hombros. Era un hombre joven ciertamente. La espesa barba,

como panal de abejas, enmarcaba su mentón y trepaba por las mejillas, por lo que hacía pensar en un guerrero mongol.

—¿Moncliur? —preguntó Elena visiblemente confundida.

—¿El loco? —susurró Javier al oído de la chica.

Elena le dio un codazo. Si aquel tipo era el loco Moncliur no deseaba por ningún motivo hacerlo enfadar. Entonces, dejándose llevar por su instinto, retrocedieron tres pasos.

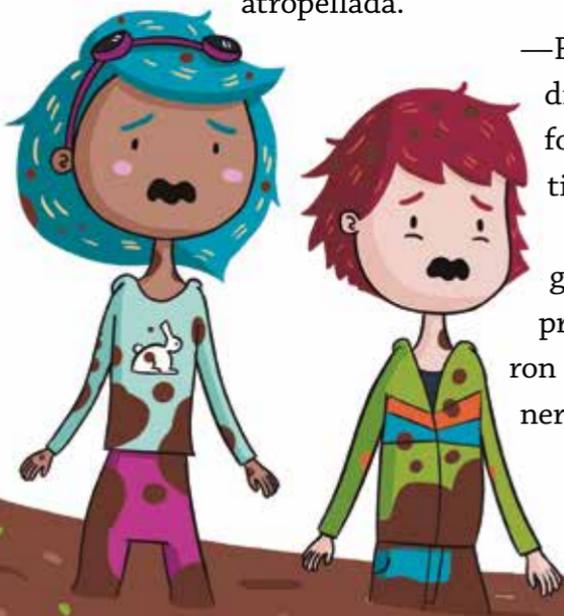
—Sé cómo encontrar al Gran Perdedor, pero no puedo hacerlo solo —aventuró Moncliur.

Los chicos enmudecieron.

—Tenemos que llegar a la casa del señor Estanislao —explicó Elena. Sus palabras brotaron de manera atropellada.

—Fue lo que Diodo nos dijo. Debe de ser la única forma de volver —continuó Javier.

—¿Diodo? —preguntó Moncliur. De pronto, los chicos notaron que el hombre estaba nervioso.



—Sí, Diodo —respondió Elena mostrando al zancudo televisivo. Es una unidad robótica...

—... de primera generación —completó Moncliur.

—Un momento, un momento —dijo de pronto Javier alzando las manos. Nada de esto tiene sentido—. Luego posó la mirada fijamente en la de Moncliur y preguntó—: ¿Qué hace usted aquí?

El hombre no respondió de inmediato. Antes, se aseguró de que nadie más los viera y de que nadie más estuviera cerca. Pero entonces notó la presencia de Diodo.

—No puedo decírselo. No delante de él —vaciló señalando al diminuto robot.

Aquello levantó las sospechas de los chicos, quienes de inmediato retrocedieron otros tres pasos.

—¡Esperen, esperen! ¿Qué le ocurrió a Diodo? ¿Está bien? ¿Acaso el...?

Las preguntas resultaron por demás extrañas. ¿Por qué Moncliur parecía preocuparse por el estado del robot?

—Diodo sufrió un accidente. Pero antes de apagarse nos mostró algo en su pantalla.

—¿Algo? ¿Qué?



—Sí, *a-l-g-o* —respondió Javier haciendo énfasis en cada letra. Moncliur carraspeó.

—En ese caso, creo que no tendré problema en explicarles todo —dijo finalmente. ¿Qué hago aquí? Verán... antes estaba perdido. El Gran Perdedor se las arregló muy bien. Volví a este mismo punto varias veces, en diferentes épocas, guiado únicamente por el instinto.

—¿Diferentes épocas?

—Hacia atrás y hacia adelante. Y, siempre que lo hacía, encontraba todo completamente diferente, pero nunca tropecé con el camino hacia... la casa. Fue un golpe de suerte llegar acá y encontrarlos a ustedes.

A todas luces, a Elena y Javier les parecía clarísimo algo: que el tipo estaba loco, loco como una cabra, tal y como lo había descrito la abuela de Javier.

Elena retrocedió de nuevo, apoyando el brazo sobre el pecho del chico, y dijo:



—Creo que lo mejor será calmarnos y...

—¡Esperen! —los contuvo Moncliur al verlos retroceder.

—Sé que esto les parece extraño. Pero respóndanme algo: ¿acaso ustedes mismos no están ahora en otro lugar parecido al que conocen, pero de alguna forma completamente distinto?

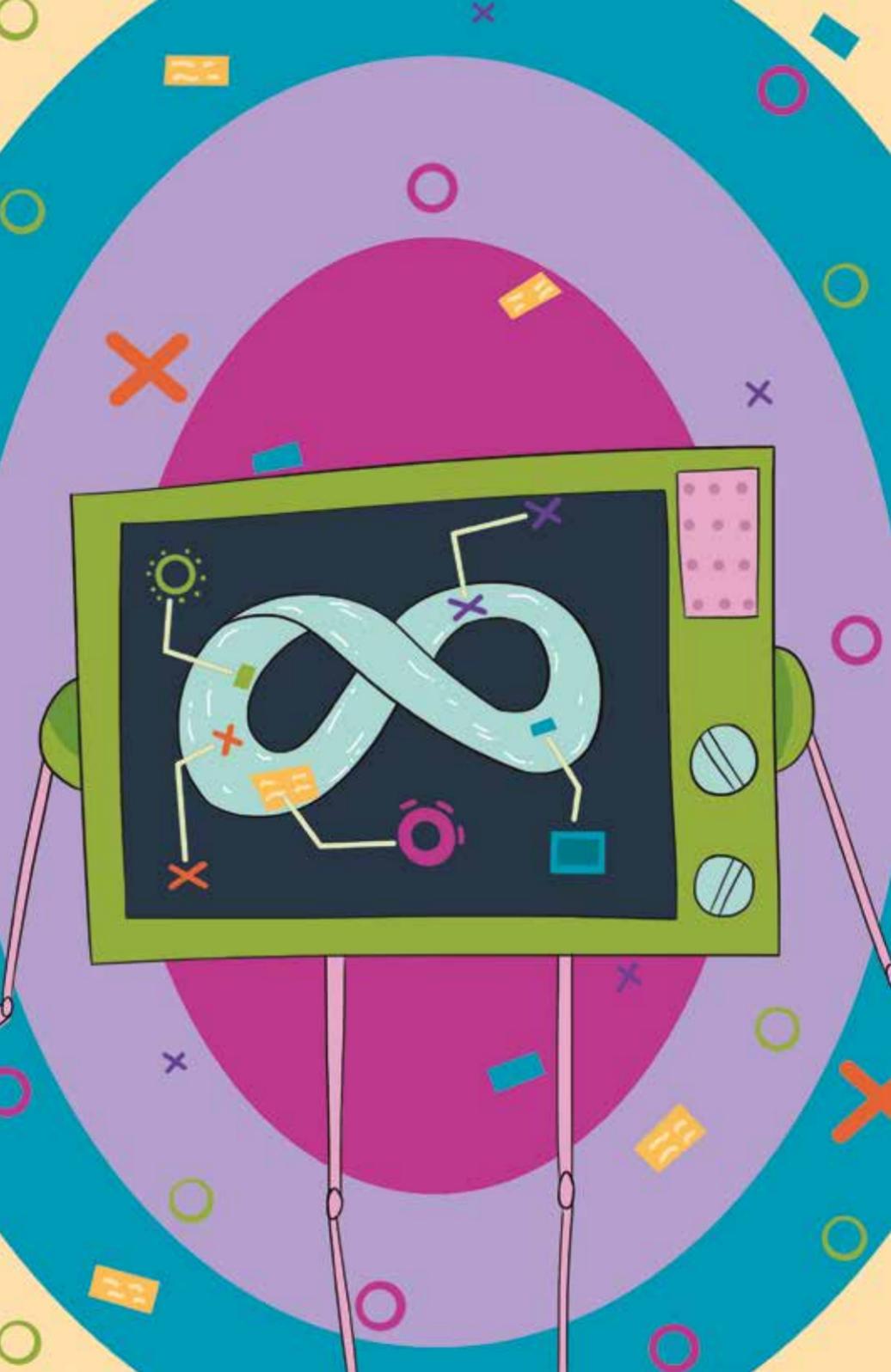
Aquello no dejaba de ser cierto. Con Diodo fuera de acción, cualquier ayuda vendría bien.

—¿Qué propone? —quiso saber Elena.

—Debemos regresar al pueblo y reparar a Diodo. Él representa nuestra única oportunidad de volver al mundo al que ustedes pertenecen y encontrar al Gran Perdedor.

Cuando Moncliur guardó silencio, el cielo se tornó completamente oscuro. La noche llegó silenciosa a la ciénaga y los chicos supieron que solos no podrían lograrlo.





Episodio 2

Una montaña rusa invisible

—¡P^{ero} la casa del señor Estanislao está muy cerca! —exclamó Javier.

—Eso es lo que ustedes creen. Ahora mismo, el Gran Perdedor debe de estar tras nuestros pasos. Y puedo asegurarles que enseguida nos dará alcance y nos perderemos. Lo mejor es volver al pueblo de inmediato y reparar a Diodo. Él es nuestra única guía; de otra forma nos perderemos irremediablemente. Pero en el estado en que se encuentra no es útil.

—¿Guía?

—Diodo posee un mapa detallado de nuestra ubicación actual y guarda registro de todos los sitios donde ha estado, una infinidad de mundos paralelos—. Moncliur hizo una pausa y agregó—: ¡Oigan, no me vean así!

En realidad, todo lo que el hombre explicaba parecía haber salido de una novela de ciencia ficción. De existir un #InventateUnMundoParaleloLocochonChallenge, seguramente él sería el virtual vencedor. Moncliur inspeccionó detalladamente al pequeño robot y supo de inmediato cuál era el problema.



—Me temo que el potenciador central está fundido. Y eso es grave.

—¿Potenciador central?

—La batería —explicó Moncliur.

—¡Eso es fácil de arreglar! —aseguró Elena.

—Eso es lo que parece, pero lamentablemente no se trata de una pila cualquiera. Sin embargo, posiblemente encontraremos la forma de hacerlo. Solamente necesitamos que alguien duplique de alguna manera esta batería.

Javier sintió como si fuese tocado por un rayo y de inmediato, casi sin pensarlo, dijo:

—Mi padre en este mundo es mago.

—¿Mago?

—Bueno, eso creo.

—¿Buen mago?

—Bueno, eso espero.

—Pero la magia consiste en crear ilusiones ópticas —exclamó Elena.

—Sin embargo —interrumpió Moncliur—, no tenemos otra opción. Quizás él pueda ayudarnos. ¿Sabes dónde queda tu casa?

El chico dudó unos instantes, pero de inmediato dio las señas procurando no pasar por alto ningún detalle.

La noche ya había caído. A toda prisa, Moncliur echó mano de los artilugios que llevaba en el abultado cintu-



rón de herramientas. Era como uno de los que usan los superhéroes. Javier y Elena pensaron en lo que podría contener: cámaras infrarrojas, lentes de visión nocturna, dardos, cápsulas de humo y gas lacrimógeno, alguna sustancia que se usara para congelar lo que fuera si se estaba en peligro, o un pegamento que dejara pegado al suelo al enemigo en menos de tres segundos.

Sin embargo, Moncliur extrajo algo que a la vista lucía completamente ordinario: linternas.

—¿Linternas? —dijo Elena sin ocultar su sorpresa.

—¿No tendrá por allí unos aerodeslizadores o algo así? —preguntó Javier. Esto dejó estupefacto a Moncliur.

—Verás, es un cinturón. No hay demasiado espacio que digamos —respondió el hombre—. Además, te puedo asegurar que esto es mucho más efectivo y rápido.

Entregó las *aparentes* linternas a los chicos, pero, lejos de avanzar, les pidió que las pusieran en alto.

—¿Para qué quiere que hagamos eso? —preguntó Javier, quien comenzaba a pensar que el tipo no solo estaba loco, sino que también les quería tomar el pelo.



—Es mejor que lo hagamos —dijo Elena.

Los tres se colocaron en la posición que Moncliur indicó, a unos dos metros de distancia de por medio.

—No las enciendan hasta escuchar mi señal —dijo, y de inmediato habló en un código extraño:

$$(-4) - (-4)$$

$$(+3) + (+5)$$

$$(-8) - (-5)$$

$$(-27) - (-7)$$

Los chicos escuchaban sin comprender nada. Entonces Moncliur dio la orden:

—¡Ahora!

Al encender las linternas, vieron un túnel de luz que se proyectó hacia el cielo en el cual se hallaron inmersos al instante, dando volteretas y giros. El pasaje lumínico era zigzagueante, con subidas y bajadas impresionantes. Era como estar dentro de una montaña rusa invisible. Elena y Javier sentían por momentos que todo ocurría en cámara lenta, para luego caer o subir vertiginosamente.

Cuando abrieron los ojos, la sorpresa los hizo caer de golpe en el suelo. ¡Estaban en la casa de Javier!

—Les dije que esto era mejor que un aerodeslizador —dijo Moncliur agitando sus cabellos.

—¿Qué fue esto? —preguntaron los chicos sin comprender absolutamente nada.

—Nos hemos teletransportado —dijo el hombre, y de inmediato explicó el plan.



Episodio 3

El mejor mago del mundo

—¡Pudimos llegar a la casa del señor Estanislao en lo que tarda un chasquido! —exclamó Elena visiblemente perturbada por los efectos secundarios de la teletransportación.

—Ya se lo he dicho. El Gran Perdedor estaba tras nuestros pasos. Ir a esa casa de inmediato habría sido nuestra ruina.

Javier se incorporó. Comprendía que ahora estaban demasiado lejos de la casa como para insistir.

—¿Cuál es el plan? —dijo al exprimirse los ojos con los puños.

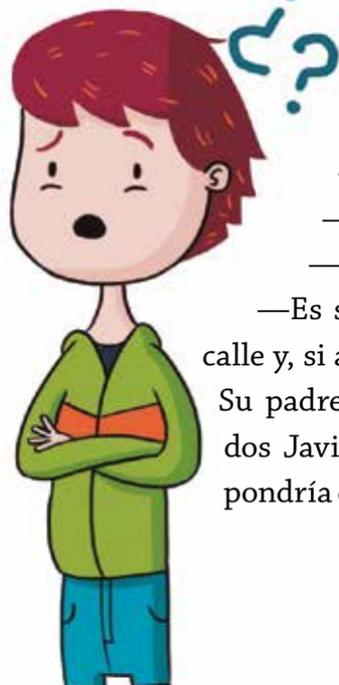
—Llevarle a tu padre el potenciador central y pedirle que lo multiplique.

—¿Y qué ocurre si no puede?

—Debe hacerlo.

—Pero ¿y el otro Javier? —preguntó Elena.

—Es sencillo. Debes ocuparte de él. Sal a la calle y, si aparece, arréglatelas para que no entre. Su padre seguramente se desmayaría al ver a dos Javiers, y eso solamente nos retrasaría y pondría en peligro la misión.





Dicho esto, Elena montó guardia mientras Moncliur y Javier entraban en la casa.

En ese momento, el papá del chico ensayando un número que parecía no salir del todo bien.

—¿Papá? —interrumpió el muchacho, quien estaba a sus espaldas. Pero el hombre estaba demasiado concentrado en lo que ocurría dentro de su sombrero.

—¿Papá? —insistió. Cuando su padre se volvió a ver, casi se atraganta con su propia saliva.

—Pero ¡Javier! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde has estado? ¿Y quién es ese tipo?

Habían pasado por alto el detalle de su indumentaria. Javier tenía que buscar una explicación simple, y la encontró.

—Estamos participando en el más reciente *challenge* —dijo sin parpadear siquiera.

Su padre alzó una ceja.

—¿Un nuevo *challenge*?

—Sí, es el, el... el #VisteteComoEnUnaFiestaDeDisfracesEnUnaIslaDesierta y... y... #ComoNaufragoEstramboticoChallenge.

Su padre sonrió, pero de inmediato le clavó la vista a Moncliur.

—Y él, ¿quién es? —preguntó con un movimiento de la cabeza.



—Yo soy... —comenzó a hablar el hombre— un *youtuber* muy famoso. Famosísimo.

—Recontrafamosísimo —interrumpió Javier—. Y me está entrevistando. Parece que voy a ganar. ¡Es más, creo que ya gané! ¿Cierto? —preguntó el chico.

Moncliur asintió sin asomo de convencimiento y dijo entre dientes que le diera el potenciador. Pero el chico escuchó algo completamente diferente.

—¿Qué prenda el televisor?

—¿El televisor? ¿Le pasa algo? —preguntó su padre visiblemente preocupado.

—No, al televisor no le pasa nada, papá.

—¿De qué rayos habla? —balbuceó el chico, y de inmediato comprendió su error cuando Moncliur extendió la mano mostrando el potenciador central.

—¡Oh, sí! Papá, ¿crees que podrías hacerme un truquito?

—Eso depende, hijo. Si estás pensando aún en conexiones, créeme que lo he intentado, pero resulta completamente imposible.

—Solamente necesito que hagas aparecer una pila idéntica a esta.

El hombre se inclinó sobre lo que Javier mostraba.

—¿Una batería?

—Sí, resulta que... que... Mongolongotrón, aquí presente, necesita una para su cámara. Es un aparato muy viejo y al parecer no hay forma de cargarla por ninguna parte. Y como tú eres mago, pensé que a lo mejor podrías hacer aparecer una, pero con toda la carga necesaria.

El padre de Javier examinó detenidamente el objeto y de pronto estalló en carcajadas.

—Pero, hijo, soy mago, pero no puedo hacer aparecer cosas así, de la nada. Verás —explicó el hombre, un tanto apenado—, todo se basa en crear ilusiones.

Javier sintió que todo se desmoronaba, cuando de pronto el mago agregó:

—Sin embargo, creo tener alguna de estas en la bodega.

—¿Cómo puedes tener una? —dijo Javier estupefacto.

—Las usábamos hace mucho tiempo. ¿No recuerdas?

—¿Para alguna unidad Diodo? —se aventuró Moncliur a concluir, sorprendido por el hallazgo.

—Bueno, señor...

—Monc...

—Mongolongotrón —interrumpió Javier.

—Mongologo... eso, sí... —intentó repetir Moncliur.

—En efecto, para una unidad Diodo. Es una pena que esas máquinas se volviesen locas. Eran de gran utilidad, pero se las arreglaron para intentar romper la segunda ley de la robótica.

El padre de Javier hablaba mientras los conducía a la bodega. Finalmente, luego de rebuscar entre cajones y gavetas, encontró un buen número de pilas.

—¡Gracias, papá, eres lo máximo!

—gritó Javier lleno de júbilo y dejando al hombre con la mano en el aire.

—¡Esa ropa les luce genial!
¡Avísame cuando esté el video con la entrevista! —gritó el padre de Javier mientras ellos se alejaban.



Salieron disparados por la puerta para reunirse con Elena, quien por suerte no tuvo problemas con el otro Javier.

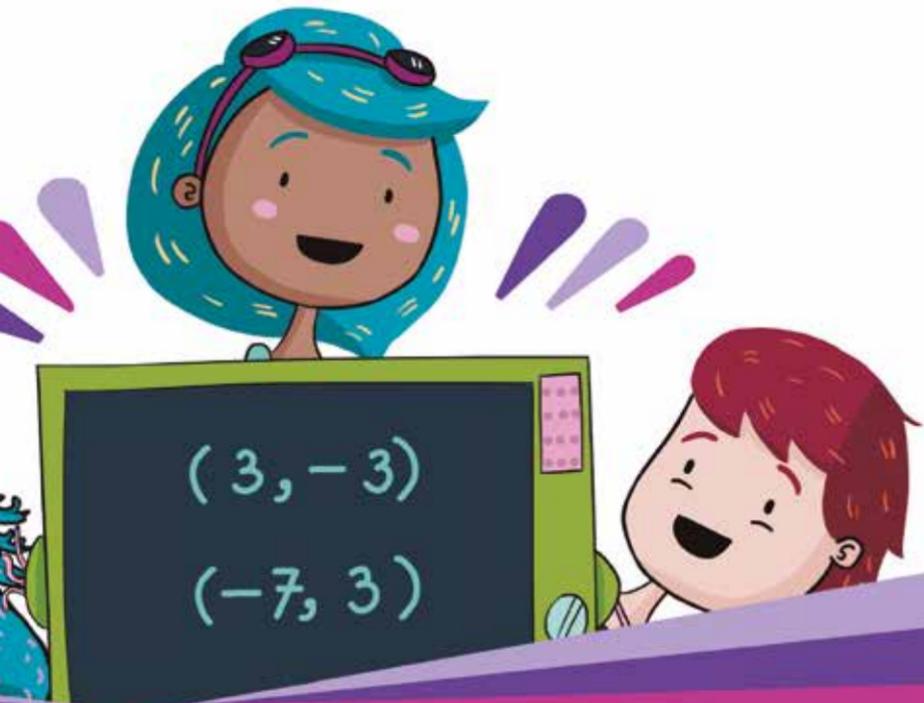
—¿Lo tienen? —preguntó la chica.

Luego de abrir el compartimento del potenciador central, Moncliur oprimió el botón de Diodo. En la pantalla del pequeño robot apareció un par de coordenadas:

$(3, -3)$

$(-7, 3)$

Luego, la imagen fue estabilizándose y de nuevo apareció el mensaje: «El señor Estanislao. Búsquenlo».







Aventura 7
**De vuelta
en casa**



Episodio 1

#CorreQueTeCorreChallenge

Moncliv se incorporó después de oprimir los botones traseros de Diodo. Por su parte, Elena y Javier se inclinaron hasta quedar cerca del zancudo robotizado.

—¿Diodo? —preguntó la chica. Pero la pantalla que solo segundos antes parecía estar restaurada, emitía destellos y números.

—Creo que el daño es incluso mayor del que pensé —dijo el hombre.

Al terminar la frase, Javier señaló algo que parecía aproximarse a mucha velocidad por la calle principal.

—¿Qué es eso? —dijo el chico incorporándose.

Una masa que a su paso levantaba una nube de polvo parecía dirigirse hacia ellos.

—¿Es acaso el Gran Perdedor? —preguntaron los chicos, temerosos de que se tratara de un monstruo tentacular, o de una legión de seres horripilantes (debemos considerar que nuestros amigos no lucían menos atemorizantes después de todo).

Entonces, les llegó el rumor de unas voces, que provenían de aquella masa.

—¡Ahí! ¡Ahí! —gritó alguien.

—¡Mongolongotrón! ¡Es él! ¡Es él! —rugieron las voces con más claridad. Elena, Javier y Moncliur se dieron la vuelta creyendo que se trataba de alguien más a sus espaldas. Pero, de inmediato, Javier cayó en la cuenta de su error.

—¡Huyamos!

—¿Huir? ¿De qué hablas, Javier?

En ese instante, la multitud que se veía ya por completo estaba muy cerca. Lo más extraño era que todos, absolutamente todos, vestían harapos, eran ropas completamente sucias, cubiertas de barro y hechas jirones.

—¡No puede ser! —gritó Moncliur.

—¡Lo es! ¡Seguramente papá subió la noticia a las redes!

—¡Eso es imposible! —vociferó Elena, quien se echó a la espalda a Diodo y emprendió la huida junto con los demás.

Era cierto. La noticia había corrido como pólvora, así que fue cuestión de minutos para que todo el pueblo se enterara y, además, no quisiera perderse por nada del mundo conocer al famoso Mongolongotrón. Si en algo no se diferen-





ciaba este mundo paralelo del otro de donde provenían Javier y Elena era en el furor que causaba el *youtuber* más célebre.

De haber contado con un teléfono móvil, los chicos habrían visto cómo la persecución era transmitida en vivo a través de varias plataformas y sumaba cientos, miles de «me gusta» por segundo.

Elena apretó con fuerza las patas de Diodo y consiguió arrastrar a Javier consigo. Un poco más atrás, Moncliur avanzaba con dificultad. La avalancha humana se acercaba, así que debían pensar rápido en hallar una salida.

—¡Moncliur! —gritó Elena encima del hombro. ¡Sáquenos de aquí!

—¡¿Y cómo se supone que haría eso?! —replicó el hombre.

—¡El túnel! ¡Por el túnel! —señaló Javier dando enormes zancadas.

—¡Imposible! En estas condiciones podría suceder lo impredecible.

—¡¿A qué se refiere!?! ¡¿De qué rayos habla!?! —gritó Elena.

—Podríamos ir a la velocidad de la luz, lo que tendría consecuencias desastrosas.

—¡Deténgalo! ¡Deténganlo! —repetía el gentío a sus espaldas. Poco a poco, las puertas y las ventanas a lo

largo de la calle se iban abriendo y los habitantes se iban uniendo a la persecución.

Elena descubrió un poco más adelante un viejo comercio que en su mundo estaba aún activo. En este universo paralelo, La Pescadería Pez-Adilla había sido clausurada y las puertas estaban tapiadas con viejos tablonés de madera. Con total determinación, la chica dirigió su carrera hacia ese lugar.

—¡Elena! ¿Qué haces? —gritó Javier frenando en seco. Tras él, Monclieur no tuvo la misma suerte y rodó varios metros hasta quedar boca arriba con las piernas al aire.

—Tenemos que hacerlo más rápido. Vamos, tome una tabla cada uno —ordenó la chica. Lo dijo apoyando



PEZ-ADILLA



el pie contra la pared y, tras un gran esfuerzo, desprendió uno de los tablones.

El hombre y Javier se vieron uno al otro con asombro.

—¡Ahora! —les ordenó Elena, y tras unos segundos, los tres corrían con las tablas en la mano.

—¿Qué hacemos con esto? —gritó Javier haciéndose escuchar por encima del escándalo que invadía la calle.

—¡Esto! —vociferó Elena. Enseguida, Moncliur y Javier la vieron desaparecer cuesta abajo, justo en el lugar en donde la calle se extendía varias cuadras en picada.





Episodio 2

Una multitud enloquecida

Moncliu sintió en ese momento una mano sobre el hombro. Eran los dedos desesperados de un fan que trataba de engancharse.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —gritó una anciana, quien iba a la cabeza de la multitud enloquecida. La mujer iba sobre un *segway*, un vehículo de dos ruedas que utilizan los policías.

Moncliu logró zafarse y al instante se lanzó cuesta abajo en su improvisada tabla deslizadora. Un poco más adelante, Javier intentaba mantener el equilibrio sobre el viejo tablón que ganaba velocidad a un ritmo alarmante. Elena estaba apenas unos metros más abajo, desviando perros, gatos, tortugas y gente que luchaba por atraparla en su vertiginoso descenso.

Se encontraron con un grupo de jóvenes cuya mayoría estaba más afanada en capturar la acción con sus teléfonos que en atraparlos. Aunque, claro, corrían tras los fugitivos para no perderse un solo detalle. También había un grupo de adultos que con escobas, palos, redes y prácticamente cualquier cosa que pudiese ser lanzada corrían con la clara intención de atraparlos. La anciana

sobre el *segway* parecía estar en ambos bandos, pues con teléfono en mano capturaba la acción, en tanto que les lanzaba a los prófugos todo tipo de objetos, incluyendo su dentadura postiza.

Elena se volvió y la multitud parecía haberse multiplicado; de todas las ventanas, en los pisos superiores, se asomaban cabezas y brazos, gente vitoreaba, gritaba y animaba a los perseguidores.

—¡Elena! —gritó Javier desplazándose con habilidad hacia un costado. Daba la impresión de que el chico conocía muy bien eso del deslizamiento sobre carretera. Es más, de haber existido un [#DeslizateSobreUnaTablaViejaDeMaderaEnLaCalleMientrasEresPerseguidoPorUnaMultitudEnloquecidaChallenge](#), estaba



más que seguro de que no solo resultaría vencedor, sino que batiría alguna de esas absurdas marcas mundiales. Pero aquello no era una competencia, ni mucho menos.

Elena pensó en un plan de contingencia. Cuando la calle volviese a su horizontalidad, debían encontrar una ruta de escape, ya que en ese momento la noticia atraía no solo a los habitantes del pueblo, sino a cualquier persona que estuviese conectada.

Apenas tuvo tiempo de pensar en ello cuando el rugido de unas hélices confirmó sus sospechas.

—¡Moncliur! —gritó Javier. ¡Debe de existir una forma de salir de esto!

—El único que puede hacerlo es Diodo —aseguró el hombre intentando mantener el equilibrio después de que alguien le lanzara un gato a la cabeza.

Elena pudo escuchar las palabras de Moncliur y se las arregló para sujetar al zancudo robotizado al que, tras sacudirlo y tocar desesperadamente todos sus botones, le chisporroteó la pantalla en la que apareció información: «El señor Estanislao. Búsquenlo».



—¿Acaso no sabes decir otra cosa? —dijo la chica, quien zarandeó al desdichado robot.

En la pantalla apareció este mensaje: «El Gran Perdedor está cerca».

Elena sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Apenas tuvo tiempo de inclinarse para evitar la lluvia de destapacaños que caía encima de ella.

—Escúchame, Diodo. Solo tú puedes sacarnos de esto. Necesitamos que hagas algo.

—¡Cuidado, Elena! —gritó Javier, quien así le advertía a su amiga sobre un nuevo ataque, esta vez con canicas.

Eso era algo completamente imprevisible. Las canicas solamente empeorarían la situación.

La tabla de la chica comenzó a girar y cobró una velocidad exorbitante. Tras ella, Javier y Moncliur no eran capaces de esquivarlas, pues llovían por cientos desde todas las direcciones. Giraron y giraron hasta que pronto se dieron cuenta de algo: estaban dentro del ojo de un huracán. Elena se agarró de la mano de su amigo y Moncliur se les unió. Parecían flotar... y, por todos lados, objetos de todo tipo los rodeaban: bicicletas, televisores, buzones, zapatos por miles, relojes de arena, vacas, teléfonos... todo en completa calma.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier, quien no daba crédito a lo que sucedía.

Elena se animó a ver hacia abajo, para descubrir que se encontraban a muchos metros del suelo. La distancia fue aumentando hasta que la multitud que más abajo se aglomeraba agitando manos y dando voces terminó por parecer una mancha, y luego un punto, y luego... nada.

Lo que siguió fue una tremenda sacudida, como si de pronto estuviesen dentro de una secadora de ropa. Giraron, dieron tumbos y entonces una luz deslumbrante los cegó.

La pantalla de Diodo emitía luces y una secuencia numérica advertía que se encontraba en pleno funcionamiento. Tal como la primera vez, Elena supo que la luz provenía del zancudo robotizado.

¿Estaban a salvo?





Episodio 3

Nube casa

Hubo un prolongado silencio.

Elena entreabrió los ojos y vio las nubes que cruzaban lentamente el cielo. Creyó ver una que parecía una casa.

¿Qué había ocurrido?

Intentó levantarse, pero un fuerte dolor la dobló. Vio en derredor para descubrir algo completamente increíble. Estaba tendida sobre un lecho de pequeñas piedras, justo en el camino que creyó que era la calle Mortis.

—¿Javier? —preguntó con un hilo de voz. Pero no hubo respuesta.

—¿Moncliur? —dijo, pero esta vez un poco más fuerte. Únicamente silbó el viento. Entonces recordó las gomitas. ¿Tendría la suerte de llevarlas consigo aún?

Con gran dificultad metió la mano en un bolsillo de su pantalón. El dolor era insoportable, pero luego de varios intentos sus dedos palparon algo suave. ¡Ahí estaban!

Tomó una que partió con los dientes hasta quedarse con la mitad. El señor Estanislao no le había dicho si

debía tragarla o masticarla, pero por tratarse de gomitas, lo segundo debía de ser lo correcto. Le dolía la quijada terriblemente cada vez que lo hacía. Aguardó viendo aquella nube en forma de casa que comenzó a disolverse. Creyó ver por un instante que comenzaban a separarse y a formar números: un 1, seguido de un 2. Pero estas nubes a su vez se disolvieron para mostrar otros números.

Comenzó a sentirse bien. Era como si aquellos números fuesen la cuenta del lanzamiento de una nave espacial... y de repente, al llegar al 3, se levantó de un salto.

Antes de buscar en su cuerpo alguna herida, vio en derredor y descubrió a Javier, varios metros más abajo, despatarrado sobre el camino. El chico parecía estar muy mal. Cuando Elena se acercó, supo de inmediato que debía darle sin demora una de las gomitas.

Javier parecía una araña apachurrada. Con toda seguridad, tendría los huesos rotos.

—¿Javier? Soy yo, Elena. ¿Puedes escucharme? —preguntó la chica incli-





nándose sobre el magullado cuerpo de su amigo. Pero el chico no respondió.

Sin dudarle un instante, Elena introdujo la gomita en la boca del accidentado Javier. Este la escupió casi de forma divertida, como si estuviese gastándole una broma.

—¡Vamos, Javier! —suplicó la chica. Debes masticar esto.

Tras varios intentos, consiguió al menos que el chico dejara de escupirla. Pero si no era capaz de masticarla, no iba a funcionar.

—¿Qué hago, qué hago? —se preguntaba Elena, presa del pánico.

Tuvo una idea bastante loca, pero idea al fin. Aproximó sus labios a la oreja de su amigo y le susurró:

—Papas fritas; hamburguesas con doble carne y queso; helado de chocolate con doble capa de crema;

donas grasosas con glaseado; pudín de almendras; pechugas de pollo crocante...

Ustedes se preguntarán por qué susurraba Elena los nombres de estas comidas. Lo que ella buscaba era que, de alguna forma, el inconsciente de Javier reaccionara. Si decía, por ejemplo, brócoli, col hervida o algo parecido, con seguridad el chico terminaría escupiendo la gomita.

Por un instante, Elena tuvo la impresión de que su amigo comenzaba a masticar. Continuó con la serie alimentaria nada sana, sin olvidar el postre favorito de Javier: tarta de merengue.

La mandíbula del chico comenzó a moverse con rapidez y voracidad. Elena aguardó unos instantes elevando la mirada al cielo. La nube comenzó a desvanecerse para mostrar nuevos números.

Enseguida, como si fuese un volcán en erupción, Javier se puso de pie de un salto. Todos sus huesos crujieron cuando se reubicaron.

—¿Elena? —dijo sorprendido.

—¡Javier! —respondió la chica, quien se lanzó a los brazos de su amigo.



3, $3\frac{1}{8}$, $3\frac{1}{5}$...

—¿Dónde estamos?

—dijo el chico fundiéndose en el abrazo.

—Creo que en casa. En la calle Mortis.

—¿La calle Mortis de nuestro mundo?

—¡Eso creo, Javier!

—¿Y Moncliur? —preguntó su amigo tomándola por los hombros.

—No lo sé —dijo la chica. Ha desaparecido.

En ese momento recordaron a Diodo, que seguramente era el que los había llevado de vuelta. El zancudo televisivo estaba unos metros más abajo, completamente destruido.

—¡Oh no! —exclamó Elena llevándose las manos al rostro.

Justo en ese momento, una nueva voz a sus espaldas habló: «¿Sería acaso... Moncliur?».







Aventura 8
**¿Quién es
realmente?**



Episodio 1

Una impactante revelación

—¿H^{an} vuelto? —preguntó el hombre.
—¡Señor Estanislao!
El anciano se apoyó sobre su bastón y sonrió.

—¿Es usted? ¿Realmente es usted? —inquirió Elena.

—Creo que sí; soy yo... me parece.

Solo para cerciorarse, Javier le dio un fuerte pellizco al viejo en la mejilla.

—¡Auch! —se quejó este.

—¡Javier! —lo reprendió la chica.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Debía asegurarme. Entonces, ¿significa que hemos vuelto?

—Lo han hecho justo a tiempo. Pero tenemos que huir. El Gran Perdedor está cerca.

Hubo un momento de catatonia. Las miradas de los chicos y del viejo barrieron el lugar. Enseguida, la mirada de Elena se posó en el diminuto robot.

—¡Diodo! —exclamó como tocada por un rayo al recordar la suerte del zancudo televisivo—. Creo que ha quedado inservible —dijo, apresurándose a reunir lo que había quedado de él. El pequeño robot lucía

en mal estado: patas y brazos completamente rotos y una maraña de cables que sobresalían de las articulaciones, y sobre su pantalla se leía un extraño número: 01001.

—¿Cree que podrá repararlo? —preguntó Javier—. Sin duda, ha sido él quien nos trajo de vuelta...

—... y es una lástima que Monclieur no corriera con la misma suerte —completó Elena.

El señor Estanislao abrió los ojos. La revelación de Elena parecía inquietarlo.



—¿Has dicho Moncliur? —la interrogó el hombre dando unos pasos atrás.

—Se apareció en el mundo paralelo donde estábamos. Dijo que él sabía cómo encontrar al Gran Perdedor.

Dicho esto, los chicos pasaron a contar con lujo de detalle lo ocurrido en el mundo paralelo.

—Eso significa que no tenemos tiempo que perder. ¡Debemos salir de este lugar cuanto antes!

—¿Es acaso Moncliur el Gran Perdedor? —preguntó Elena llevándose la mano a la boca.

—Lo es —sentenció el anciano. Y posiblemente se ha perdido en el viaje, pero no por mucho tiempo. Ahora mismo quizás esté buscándolos a ustedes... y a mí.

Dicho esto, el señor Estanislao se inclinó sobre el pequeño robot y, luego de reajustar algunos botones, los chicos vieron que pronto emergía en la pantalla un punto y, poco después, a poca distancia de este, un triángulo. Tres líneas que partían del punto fueron tocando cada uno de los vértices del triángulo. Después apareció una figura que rotó y luego se reflejó.

—¿Se está reiniciando?

—Lo está haciendo. Es una vieja unidad. Pero debemos darle tiempo para saber cuál es su verdadero estado. Solamente Diodo puede sacarnos de esta situación.

Elena no podía comprender cómo sus vidas dependían tanto de aquel robot.

—Diodo guarda un mapa y lleva un registro detallado de sus viajes y encuentros. Si ha visto al Gran Perdedor, puede rastrear sus últimos movimientos.

—¿Cómo es posible que pueda hacerlo?

—Fue construido para eso: para dar con el Gran Perdedor y hacerlo saber.

—¿El Gran Perdedor lo sabe?

—Espero que no. ¿Acaso lo manipuló?

Los chicos hicieron memoria y de inmediato recordaron que lo había hecho.

—Dijo que el potenciador central estaba dañado.

El señor Estanislao se incorporó dando un golpe en el suelo con su bastón.

—Entonces debemos partir ahora mismo. Quizás al manipularlo consiguió introducir algún un dato que le permitiera rastrearlos.

—¡Pero si el robot es una chatarra! —exclamó Elena.

—Por fuera, pero me temo que sus mecanismos internos no han sufrido mucho daño. El Gran Perdedor



les mintió. Yo mismo acabo de comprobar que no está del todo perdido. Solamente basta esperar que se reinicie y podremos...

—¡Esto no tiene ningún sentido! —interrumpió Javier. Pero el señor Estanislao no tuvo tiempo de continuar porque en ese momento, entre los espinos, una jauría de perros negros saltó sobre ellos.





Episodio 2

La huida

—¡Cuidado! —gritó Javier, quien apenas tuvo tiempo de lanzarse sobre su amiga para evitar que los perros la atacaran.

Los perros, vaya si lucían feroces. De sus hocicos brotaban espesas babas y no dudaban en mostrar sus afilados colmillos.

—¡Javier! ¡Escúchame! —gritó Elena zarandeando a su amigo de los hombros—. Son hologramas, ¿recuerdas? No pueden hacernos daño.

—¡Son reales! ¡Lo juro por todos los opets del mundo! —aseguró el señor Estanislao.

—¡Pero usted dijo que no lo eran! —exclamó Elena, sin comprender en absoluto el cambio de parecer del señor Estanislao.

—Lo sé. No quería preocuparte. Eres una niña muy valiente, pero me temo que en este momento están perdidos.

—¿De qué habla? —murmuró Elena. Los perros comenzaron a ladrar de forma amenazante.

Pronto, los chicos se vieron rodeados por la jauría, que parecía esperar la orden de atacar.

—¡Aún podemos hacer algo! —gritó Javier—. Diodo puede ayudarnos. ¿No fue acaso lo que usted dijo?

—Es una pena, pero Diodo no hará nada por ustedes.

El semblante del señor Estanislao cambió de inmediato. Su mueca, parecida a una risa de media boca, apareció en su rostro.

Los chicos se abrazaron, en tanto que los perros los rodeaban. A unos pocos pasos, el señor Estanislao parecía disfrutar la escena. Diodo, por su parte, emitía nuevos símbolos desconocidos: un punto que desapareció para dar lugar a dos; enseguida, tres, y en unos segundos, cuatro. Luego, una franja y después otra franja y sobre esta un punto.

Elena lo supo entonces. El Gran Perdedor... ¡era el señor Estanislao!

—¿Es ... es... es usted el Gran Perdedor?
—preguntó.

El Gran Perdedor, el señor Estanislao, soltó una carcajada que resonó por toda la inhóspita vereda de la mal llamada calle Mortis.



—Es demasiado tarde. Con cada pregunta que hagas se encontrarán cada vez más perdidos.

Entonces, el Gran Perdedor comenzó a cantar una vieja canción:

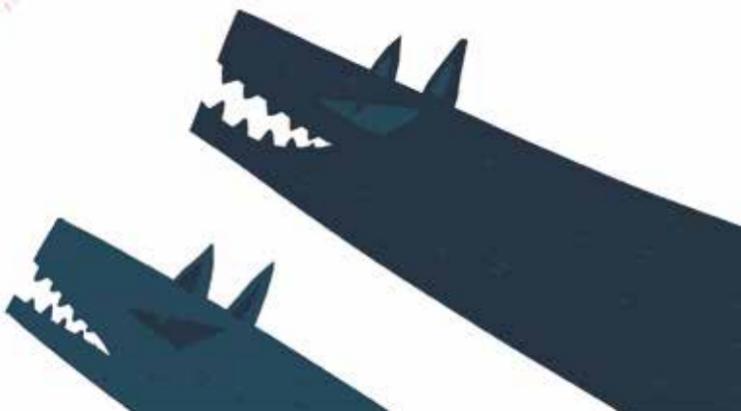
Time is on my side, yes it is...

Time is on my side, yes it is...

Elena se jugó el todo por el todo y dio un porrazo al perro que tenía más cerca. Se fue de bruces contra el suelo. Entonces pudo comprobar que sí se trataba de hologramas.

Enseguida, cogió al robot y, de la mano de Javier, emprendieron la huida cuesta abajo, por la mal llamada calle Mortis. A sus espaldas, el viejo continuaba cantando y riendo. Luego ocurrió lo que Elena había experimentado antes. En su cabeza resonaron las palabras que alguna vez había dicho a su amigo: «¿No ves, Javier? El hombre nunca me dio alcance, no me rebasó. Parecía como si diera saltos en el tiempo».

Y eso fue exactamente lo que sucedió.





Unos metros abajo, el Gran Perdedor se les apareció como por arte de magia.

Time is on my side, yes it is...

Time is on my side, yes it is...

—No hay forma de escapar de mí. Ahora, lo que importa es que me acompañen —dijo el hombre extendiendo una mano.

—¿Es Moncliur parte de todo esto? —preguntó Javier enfrentando al Gran Perdedor.

De haber existido el #EnfrentateConTodaTuValentiaAlMasGrandeDeTodosTusRetosEnLaVidaChallenge, Javier y Elena no solo habrían ganado, sino que serían condecorados con medallas, trofeos y pines conmemorativos. Aquel reto que debían enfrentar era mucho mayor a cualquier otro conocido.

—Preguntas y más preguntas... ¿nunca se cansarán de ellas? —se quejó el viejo, quien seguía sonriendo.

—Dame al robot —ordenó el Gran Perdedor.

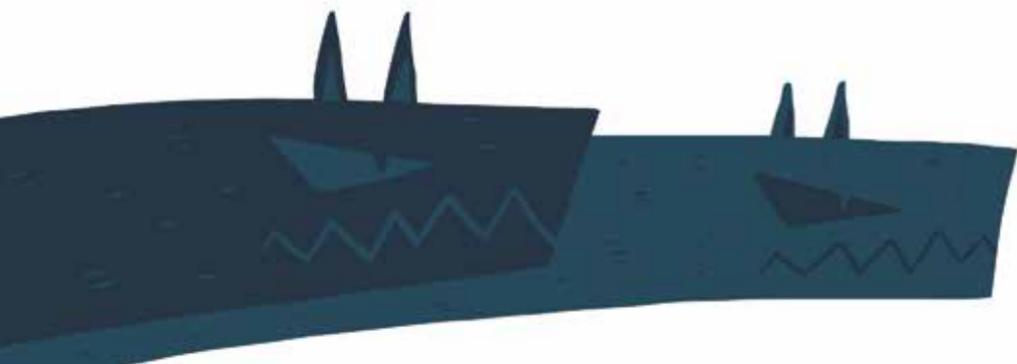
Elena supo que allí estaba la clave. En el zancudo televisado que, por primera vez en mucho tiempo, habló.

—Hola, soy Diodo 19-34. Seré tu guía y resolveré todas tus dudas. El estado de mi batería es de 15 % en carga.

¡Si tan solo Elena y Javier supieran cómo utilizarlo para salir de su problema!

El Gran Perdedor lanzó una nueva carcajada. No saben qué hacer, ¿cierto? Yo les diré qué hacer. Solamente tienen que darse por vencidos. Los llevaré por mundos que no conocen ¿No les parecería maravilloso? ¡Es el sueño de cualquiera!

Elena se aferró al zancudo robotizado y apretó la mano de Javier. ¿Era ese el fin? ¿Vagarían por mundos y épocas, perdidos para siempre?



Episodio 3

Nuevos retos

—**D****i**odo. Enciende el portal —ordenó el Gran Perdedor.

El diminuto zancudo robotizado chisporroteó.

—¡Diodo! ¡He dado una orden! —gritó el viejo.

El robot comenzó a emitir las luces que abrirían el portal.

El Gran Perdedor, con sus huesos crujientes, tomó a Elena del brazo.

—¡Suélteme! —gritó la chica intentando zafarse, aunque sin conseguirlo. Javier intervino, pero en el acto lo cogió de la otra mano el hombre. Para ser un anciano, tenía una fuerza descomunal.

Los arrastró consigo en dirección del portal.

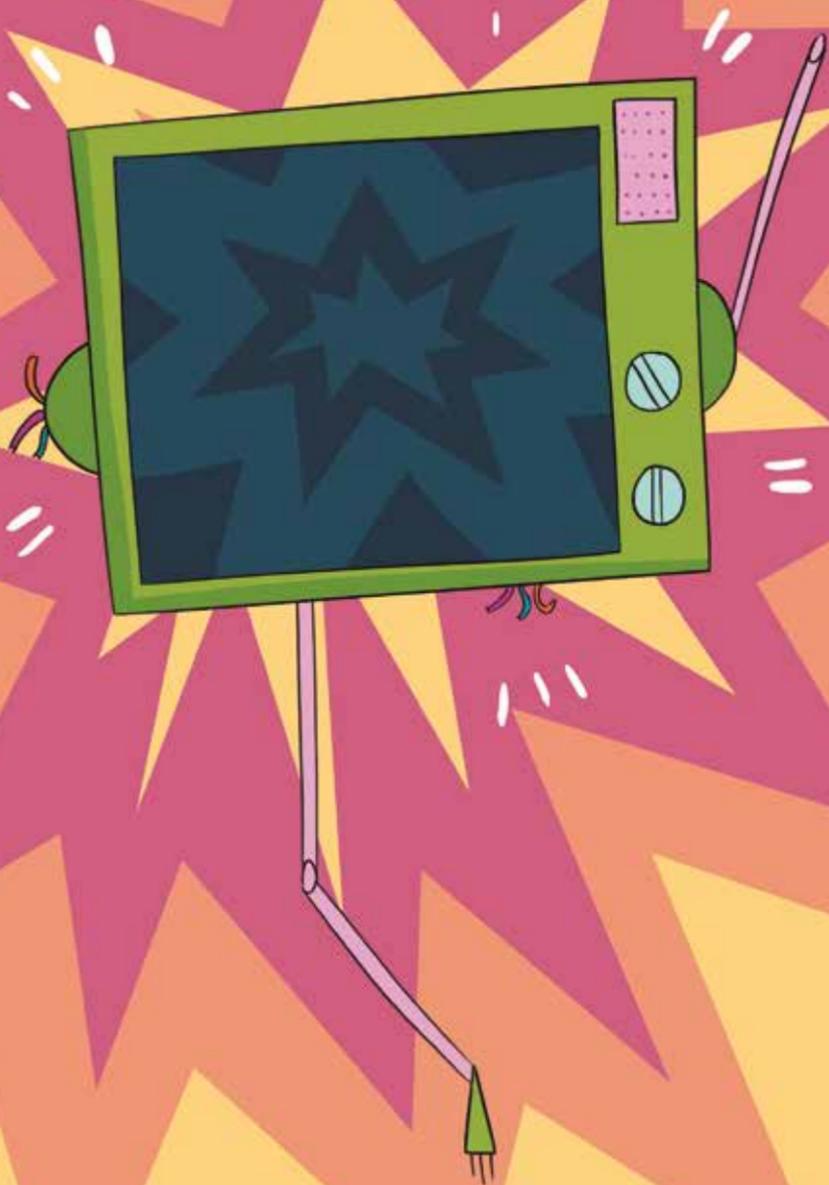
—¡Diodo! —gritó la chica.

En ese instante, el robot chisporroteó y dijo con su voz metálica:

—Puede irse. Ellos no lo acompañarán.

—¿Qué dices, pedazo de chatarra? —bramó el viejo.

—Puede irse. Ellos no lo acompañarán —repitió el maltrecho robot.





—¿Dónde está? —dijo jadeante.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Elena retrocediendo unos pasos. Por un instante, creyó que quizá se habían equivocado.

—¿Lo consiguieron? —preguntó Moncliur, y luego, dando saltos de alegría, rodeó a los chicos con abrazos.

—¡De verdad lo hicieron!

—¡Un momento, un momento! —exclamó Javier—. ¿Dónde estuvo? ¿Por qué está tan contento?

—¡Ustedes han logrado perder al Gran Perdedor! ¿No es suficiente motivo para estar feliz? Bien, debo explicarles todo. Con toda la confusión por ese tal Mongolongotrón no tuve tiempo de hacerlo. Soy un viajero del tiempo, esa es la razón por la cual desaparecí hace 80 años por culpa del Gran Perdedor. ¡Algunos lo hacen desde hace siglos! Una vez me topé con un viajero del tiempo que venía del MCCXLII + XXV.

—¿Es eso un planeta? —inquirió Elena, sorprendida.

Moncliur lanzó otra carcajada. Con lágrimas en los ojos le explicó que se trataba de un viajero que provenía de un año en particular, mucho tiempo atrás.

—¿No debería ser usted entonces un anciano? —dijo Javier con inquietud.

—Quizás sí, quizás no. Los viajes en el tiempo son misteriosos y no responden a la lógica a la cual estamos acostumbrados. En todo caso, varios de nosotros, via-

jeros en el tiempo, teníamos la misión de encontrar al Gran Perdedor.

Javier tenía la boca muy abierta. No comprendía del todo las palabras de Moncliur, pero ciertamente le parecían fascinantes.

—Pero ¿por qué existe el Gran Perdedor?

Moncliur sonrió.

—Es mejor que volvamos al pueblo. Seguramente están preocupados por ustedes.

Descendieron por la mal llamada calle Mortis. Curiosamente, al llegar a casa supieron que no habían transcurrido más de veinte minutos desde que habían emprendido el viaje a la casa del señor Estanislao.

—Esto es muy raro... —susurró Elena al ver cómo grupos de chicos aún corrían por la calle agitando las sábanas al aire.

Moncliur aclaró sus dudas, o al menos lo intentó.

—¿Qué será de usted ahora? —quiso saber Javier.



—Bien, lo he pensado, y creo que es momento de sentar cabeza en algún lugar. Siempre estaré atento por si vuelve a saberse del Gran Perdedor.

Moncliur se despidió de los chicos. Su indumentaria despertaba sorpresa y curiosidad. Lo vieron desaparecer por la calle principal, donde casi todo mundo aprovechó para hacerle videos que no tardaron en aparecer en varios canales de YouTube.

El chico suspiró. Sin duda, el #BailaComoUnFantasmaChallenge estaba perdido para ellos.

Ella extendió sus dedos y guiñó un ojo a su amigo.

—Lo sé Elena, la vida está llena de retos —dijo Javier sujetando la mano de la chica.



FIN

